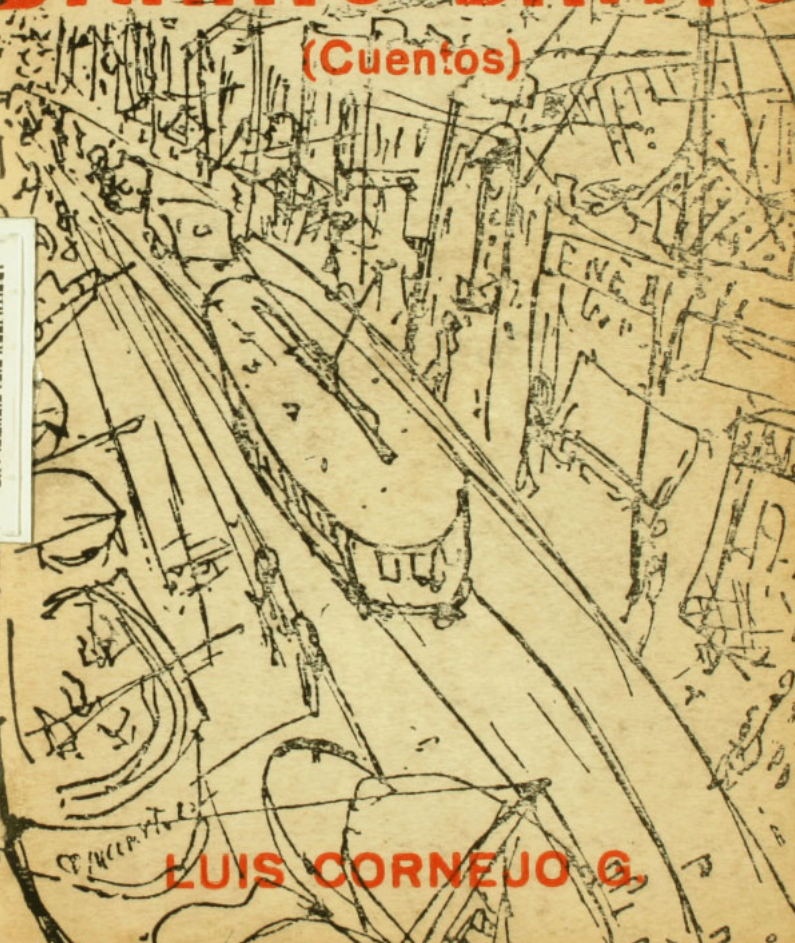


10 (543-39)

BARRIO BRAVO

(Cuentos)



LUIS CORNEJO G.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

LLUVIA DE OCTUBRE

Drama en un acto. Estrenada
en Noviembre de 1952.

EL GOBELINO NEGRO

Melodrama policial en tres ac-
tos.

LA ANTORCHA

Drama de lucha obrera, en
tres actos, el tercero dividido
en dos cuadros.

PAPA NOS QUIERE CASAR

Sainete en tres actos.

LA NUEVA RAZA

Drama en un acto.

NACIONAL
CHILENA

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Inscripción N° 17.330

PORTADA DE EMILIO PIERA

LUIS CORNEJO G.

BARRIO BRAVO

C U E N T O S

EDITORIAL ALFA

SANTIAGO DE CHILE

1955

PRESENTAR a los autores es una práctica bastante absurda. El mismo tampoco debiera hacerlo. Yo me llamo así, vivo acá, soy chileno, etc. No; debiera decir sencillamente: soy la persona que ha escrito este libro.

Y en verdad, leyendo el libro, estamos en posesión de la mejor ficha personal; por su intermedio conocemos al autor en toda la riqueza de cualidades y en todos los aspectos en que realmente deseamos conocer a la gente.

Así podríamos proceder con Luis Cornejo. Bastaría que leyéramos su sencillo y tremendo "Barrio bravo", para percatarnos de inmediato que estamos frente a un nuevo valor, a un auténtico mensajero.

Pero es el caso que este primer libro de Luis Cornejo, posee tal vigor, tan insólita estructura, que resulta un impacto demasiado sorprendente para entregarlo al lector desprevenido. Parece necesario prepararlo y no pasar por crueles.

Lo extraño es que nuestro autor no ha inven-

tado gran cosa. Ni siquiera ha buscado apoyo en doctrinas izquierdistas, existencialistas o católicas. Sólo ha dado satisfacción a su incontenible necesidad de relatar un material de experiencia directa.

Los escritores son, generalmente, personas que han tenido una formación cultural cuidadosa. Esto supone un mínimo de holgura económica, y en este plan no se halla el pueblo puro. O bien, si son del pueblo, como Luis Cornejo, en este caso, la escuela, los halagadores progresos culturales, y el afán de superación, tienden a hacerlo abominar de sus fuentes pristinas, y cuando relatan, conscientemente o no, procuran estilizar, por un pudor comprensible, el material de su experiencia. Y con ello se malogran inapreciables contenidos.

Luis Cornejo, en cambio, no acude a artificio alguno. Ya había probado en otros sectores. Ha deambulado por los entretelones de múltiples conjuntos teatrales, como ávido estudioso del fenómeno escénico, como ayudante y maquinista, como partiquino y actor. No encontró aquí el medio de expresión para su inquietud interior. Probó por otro lado. Escribió algunas piezas dramáticas, y una de ellas, "Lluvia de octubre", en un acto, constituyó un verdadero acierto y hasta fué estrenada por uno de esos conjuntos que se forman, se deshacen, se vuelven a formar con restos de otros conjuntos, se desperdigan de nuevo, eternamente, pero que nunca desaparecen. Alguien tendrá que escribir la historia heroica y quijotesca de ese mundo de jóvenes —y viejos— que se debaten a la vera de los teatros organizados. Mientras estos grupos existan, siempre habrá una pre-

ciosa reserva para los escenarios de todo género.

Pero tampoco aquí Luis Cornejo halló salida. Es lento y complejo el proceso teatral para el autor, sobre todo para el nacional. Una comedia no basta escribirla y publicarla. Sólo cumple su ciclo con el estreno; y llegar a este punto es cosa seria. Es cosa seria porque se requiere la intervención casi milagrosa de múltiples voluntades, de esfuerzos maravillosamente coordinados entre sí y en relación con no pocos intereses y juegos económicos.

No obstante, nuestro autor no se quedó en la estacada. Tenía mucho que decir, y de algún modo había que hacerlo. Optó entonces por el procedimiento más directo y escribió su libro lacerante.

No habrá necesidad de devanarse para encontrar en estos cuentos, elementos que no encajan dentro de las normas retóricas consabidas; es posible que haya ligerezas y falta de limpieza estilística. Pero el lector encontrará algo mucho más valioso; encontrará vida auténtica, vigor y sinceridad. Verá un mundo real, nuestro, pero que apenas si adivina en todos sus matices y hondura dramática.

Desde este punto de vista, "Barrio bravo" adquiere la categoría de un impresionante documento.

JULIO DURAN CERDA

Santiago, 15 de Abril de 1955.

LA CUATRO DIENTES

LA "CUATRO dientes"!.... No sé por qué siempre está latente en mi memoria el recuerdo de esta mujer.... ¡La "Cuatro dientes"!.... La llamaban así porque tenía solamente cuatro grandes y fuertes incisivos, dos arriba y dos abajo. Los superiores, anchos como paletas, y los inferiores delgados y encaramados, uno sobre otro. Insistían en estar así, a pesar que ya no estaban los antiguos compañeros que los sometieron a dicha deformación. Eran obstinados como ella. Sí, porque ella era una mujer obstinada. La "Cuatro Dientes" era enorme, con unos brazos fuertes y musculosos, igual que los de un gañán. Cuando peleaba con alguna vecina, poco duraba la riña. Bastaba que la Cuatro Dientes lograra colocar uno de sus fuertes golpes en su contrincante, para que la tal vecina quedara "hablando leseras en el suelo" como ella decía. Claro que a veces alguna de sus enemigas la pescaba del enorme moño y la arrastraba por el suelo. Pero

esto duraba poco, porque en un segundo de descuido de su adversaria, le metía un rodillazo en el estómago y la remataba de otro en el mentón....

Así era de guapa la Cuatro Dientes; le pegaba a hombres y mujeres y trabajaba por dos hombres juntos. Todo el día estaba de cabeza lavando en su artesa. ¡Qué digo! Donde trabajaba era una piscina. Junto a su piscina todo era en grande: cinco litros de cloro, diez barras de jabón y tres enormes escobillas. Una nueva, otra casi nueva, y la tercera por jubilar. Tenía una llave de agua especialmente para ella, concesión muy especial que le hacía la mayordoma del Conventillo "Las Delicias", por ser la única arrendataria que estaba al día en el pago del arriendo. Vivía en el fondo y por lo tanto también éste le pertenecía para colgar los manteles, paños de cocina y de los "otros", que traía de un hotel grande, situado cerca de la Estación Mapocho. Todas las mañanas tomaba su bolsa, se la colocaba sobre el moño, andaba una serie de cuadras hasta llegar a Independencia y tomaba el tranvía Treinta y seis, que en esos tiempos costaba diez centavos el carro acoplado. Llegaba al hotel, hacía entrega de su trabajo y traía más para lavar.

Eso era lo que yo sabía de su vida. Hasta que una tarde entré al conventillo con el pretexto de jugar a las bolitas, con el "Paco chico". Estuve toda la tarde en el conventillo observándola. "Paco chico" era un niño raquítico de unos siete años, que llamaban así, porque era hijo natural de un carabiniero, "según decía su madre". Estuve toda la tarde en el conventillo jugando con él, y atraído por la personalidad de la Cuatro Dientes", yo hacía todas

las jugadas hacia el fondo, hasta que llegamos cerca de ella. Allí propuse a mi amigo que descansáramos un rato; él aceptó y nos sentamos en el suelo. Yo me quedé absorto mirándola.... ¿Qué era lo que más me llamaba la atención en ella? ¿Sus enormes pies, sus fuertes piernas, sus grandes senos? ¿O su amplio trasero? ¿O tal vez su descomunal nariz, quebrada como la de los boxeadores? ¿O ese moñazo de crines? Porque eso ya no era pelo, eran simplemente crines. Sí. ¡Tan duros y gruesos como los de la cola de un caballo! Pero sin lugar a duda lo que más me impresionaba en ella eran sus manos. Poseía unas manos enormes, duras y blancas. De una blancura especial, parecida al abdómen de un pez, ¡no digo mal, porque tenía escamas! Escamas producidas por el jabón, el cloro y la grasa.... Nunca olvidaré esas manos blancas, de una blancura grotesca en comparación con sus brazos quemados por el sol. En invierno también trabajaba todo el día. Se protegía los pies con unos zuecos y la cabeza con un paraguas que le habían regalado en el hotel.

Esa tarde el sol quemaba con la fuerza de Enero, y ella lava que te lava. Parecía no conocer el cansancio. En un rato lavó un montón de paños de cocina, sacó el corcho del desagadero y un potente chorro de agua sucia desapareció en el resumidero. Estrujó paño por paño y los iba tirando a un tarro grande, de dos orejas, que tenía cerca. Cuando terminó esto, puso otra vez el corcho y abrió la llave para que se llenase de agua la artesa. Tomó el tarro y lo llevó hasta los alambres, donde empezó a colgar los paños al sol. Volvió a la artesa y vació otra bolsa de paños sucios, los sumergió en el agua

con las manos hasta que éstos, empapados, se mantuvieron bajo el líquido. Entonces se pasó las manos mojadas por la cara, subiéndoselas hasta la frente, y en seguida las bajó hasta el mentón y volvió a subirlas hasta los ojos y las detuvo en los carrillos. Así quedó unos segundos, frente a la artesa, con los ojos perdidos en la distancia. Fué cosa breve, pero esa mirada decía mucho. ¿En qué pensaba? Era difícil decirlo con certeza, pero debía ser un momento retrospectivo de su vida. Tal vez pensaba en su infancia, en sus amoríos, en sus sueños de mejor vida o en su muerte. No sé, pero esos segundos eran raros en ella, y podría casi decir que le hacían mal, o por lo menos le daban pena, mucha pena. Pero eso duró unos escasos segundos. Mojóse las manos otra vez y se las pasó por las crines, se arregló las dos peinetas que le sostenían el moño y volvió a su trabajo.

Contingua a ella vivía una vieja muy chismosa, que todas las tardes acostumbraba tomar el mate en la puerta de su pieza, y siempre estaba echándole pullas. Ella, por tratarse de una anciana, no le daba su merecido, razón por la cual la vieja se atrevía a abusar de ella. Pero la Cuatro Dientes solía desquitarse en forma sangrienta. como se verá luego. La anciana no daba su brazo a torcer, y todas las tardes volvía a lo mismo. Esta vez no fué menos atrevida. Mientras la Cuatro Dientes lavaba afanosamente, la viejita trajo una silla y la colocó al lado afuera de su pieza. Acto seguido sacó de su habitación un brasero roñoso con unos carbones, y sobre ellos unos cerotes de vela; ayudada por un papel y un fósforo empezó a encenderlo. Tomó un

cartón y lo blandió muy ligero durante unos segundos, hasta que el carbón comenzó a lanzar chispas. Entonces volvió a su cuarto y regresó con una tetera, más los incrementos necesarios para el mate. Puso la tetera al fuego y sopló el carbón con más bríos, a fin de que las chispas llegaran donde estaba la Cuatro Dientes y le quemaran las piernas. Esto no se hizo esperar mucho; las chispas, ayudadas por el viento, más el soplo de un cartón intencionado, rápidamente llegaron hasta donde estaban dirigidas. La mujer sintió el cosquilleo de las quemaduras. Reclamó, lanzando improperios contra la causante, y le advirtió que si eso pasaba otra vez, no respondería de ella. La vieja paró el ataque por un momento y se preparó a tomar su mate. La lavandera terminó de lavar otra bolsa de ropa y la tendió, hizo un alto en su labor, fué hasta la puerta de su cuarto y gritó.

—¡Pancho!.... ¡Pancho!.... Levántate, hombre de Dios, y prepara un poco e'once!

La vieja se rió ostentosamente y la imitó. Pero colocando un diminutivo, con una voz que más parecía el chillido de una laucha.

—¡Panchito! ¡Panchito! ¡Alevántate hombre por Dios y prepara un poco e'once!

La Cuatro Dientes la envolvió en una furiosa mirada, se retorció las manos e hizo rechinar su escasa dentadura. La vieja gozaba con esta escena y volvió a decir en tono de burla:

—¡Panchito! ¡Panchito! ¡Mijito, pues!

Esto sacó de quicio a la lavandera, y lanzó un paño mojado por la cabeza a la vieja, gritándole:

—¡Cállate vieja e'mierda!

La vieja le devolvió el paño en la misma forma y exclamó:

—¡Tonta vaca! ¿Por qué no le tirái trapos por la caeza al calienta-tierra de tu ombre?

—¡Ya salió a bailar mi'ombre!— exclamó roja de rabia la Cuatrò Dientes, y le escupió las siguientes palabras:

—¡Qué tenís que icir de mi'ombre, vieja 'e porquería!—. Y agregó: ¡Es mejor que cuidís de la perra de tu'ija, será mejor!

—¡Qué tenís que icir de mi'ija!— vociferó la anciana revolviendo nerviosamente el mate con la bombilla.

—¡Qué voy a icir de la puta de tu'ija!—. Le contestó sarcásticamente la Cuatro Dientes.

—¡Putá! ¡Putá!....—. Repitió dos veces la materia, y exclamó: Mejor es tener un'ija puta, que me dá de tóo, y no un'ombre que la'splote a una!—. Y en la cúspide de la cólera, agregó:

—Espera que llegue no más, porque te va a pegar un buen "fiaor".

Así llamaba ella a un tajo en la cara.

—¡Qué me va a marcar la flacucha de tu'ija! Le dijo la Cuatro Dientes y agregó: ¡Si la pesco dí'un ala y la tiro al techo pá que se la coman los gatos!

La anciana la amenazó con el puño cerrado.

—¡Espera no má, espera no má!—.

Esto colmó la medida, y la Cuatro Dientes, no pudiéndose contener exclamó:

—¡Y toavía me vení amenazar vieja e'lo diabio!—. Y dicho esto pescó una bacinica, la metió en la artesa, la sacó llena de lavasa y se la arrojó por

la cabeza a la vieja, empapándola completamente. En seguida lanzó otra más sobre el brasero, quedando la anciana chismosa mojada hasta la tusa y envuelta por una nube de cenizas, que levantó el impacto del agua en el fuego. A todo esto, debido a los chillidos y toses de la atrevida vecina, salió del cuarto de la Cuatro Dientes el tal Pancho y preguntó:

—¿Qué pasa?

—¿Qué querís que pase!—. Le dijo la mujer. Lo de siempre: esta vieja del diablo siempre tirándome chobáa por tu culpa!

—¿Qué culpa tengo yo de tus peleas, porqué!— repuso el hombre.

—Hace luego la once y no dís má rabia!— contestó la mujer.

El hombre, sumiso, tomó una tetera y empezó a preparar el café, pero no por eso dejó de refunfuñar por lo bajo.

—¿Qué culpa tengo!

Y a lo mejor no era culpable de lo que pasaba en su hogar, eso lo decidirán Uds. más adelante. El tal Pancho, conoció a la Cuatro Dientes haría a la fecha unos cinco años, cuando ésta lucía ufana una fuerte y bien dotada dentadura. Entonces él era enyesador, y los patrones lo consideraban un buen obrero. Todavía recordaba cómo la había conocido. Un día lunes le había dicho el contratista:

—Mira Pancho, mañana temprano te vas a esta dirección y me haces unos parches a yeso en el hall de la entrada. Allí hay yeso y todo lo necesario para que empieces. Como a las once de la mañana me dejo caer por esos lados y vemos lo demás que hay que hacer. Pancho asintió con la cabeza, tomó

lo que le entregaban, donde estaba escrito la dirección del trabajo, y pidió un adelanto de diez pesos por el trabajo que iba a realizar. El contratista le dió cinco, cosa muy corriente en estos casos, y que Pancho había previsto de antemano; por eso solicitó diez para que le dieran cinco pesos.

Se despidió de su patrón y partió rumbo a la Vega Central. Se detuvo frente a una cocinería, en la calle Lastra. Eran las doce y media del día. Miró hacia adentro; las mesas estaban ocupadas. Entró dos pasos en el negocio y saludó a varias personas. Se le acercó una morena que atendía la clientela y le dijo cariñosamente:

—¿Cómo está, Panchito?....

—Aquí andamos— dijo éste sin dar mucha importancia a la mujer.

—¿Va a almorzar?— preguntó la morena.

—Ganas tengo,— dijo Pancho, pero están toas las mesas ocupás.

—En ese rincón ya terminaron unos gallos. Venga acá, que los echo ante que cante un gallo.

Y diciendo esto fué al lugar que mencionó e increpó a los hombres que allí se encontraban:

—¡Ya pues ñatos! Hasta cuándo van a calentar las sillas, miren que hay mucha clientela que atender!.

Uno quiso reclamar y la morena casi le pega; y por último les dijo:

—Ya váyanse o creen que este es el Clú de la Unión—. Los hombres se levantaron, no sin antes echar una buena rezongada por la manera poco cortés con que los despedían. Uno que usaba ojotas dijo a la mujer:

—Chí, la manierita que tenís de tratar a los “caalleros”, patipelá—. A lo que contestó ella:

—¡Hábleme e'caallero, tonto jetón!

Cuando se fueron los hombres, la morena limpió la mesa solícitamente con un paño disgustado con el jabón, y ofreció asiento al Pancho de sus sueños.

—¿Qué se a'servir?

—¡Dáme un caldo e'caeza!— contestó el hombre.

En esto llegó a donde estaban ellos la Cuatro Dientes, que traía, como siempre, su inseparable bolso de ropa, y preguntó:

—Joven, ¿puedo sentarme con Ud.? Las mesas están toas ocupá.

A lo que respondió la otra:

—¡Ya está ocupá la mesa! ¡Siéntese en otro lao—.

Pancho miró a la Cuatro Dientes de arriba abajo. Pudo percatarse de las bondades de la hembra que tenía delante de él, y dijo:

—Siéntese si quiere. Total, yos'toy solo.

—Gracias— dijo ella, y se sentó. La morena le pegó una mirada que daba miedo y después otra muy significativa a Pancho. Este le cerró un ojo maliciosamente. La morena miró otra vez a la Cuatro Dientes. Fué un breve instante de lucha de ojos femeniles.

—¿Qué se a'servir?

—Un caldo e'caeza— dijo la lavandera. Esto le pareció lo último que podía pasarle y exclamó:

—¡Chí, ni que estuvieran diacuerdo!— Dió una

mirada furibunda a Pancho, fué a su ventanilla, donde hacía sus pedidos, y gritó enrabiada:

—¡Dos caezas!

Pancho mientras tanto, no despegaba la vista de la Cuatro Dientes, ella estaba algo incómoda en esta situación, a pesar que encontraba bastante simpático a Pancho. Llegó la morena con los caldos pedidos.

—Aquí están los caldos. ¿Se les ofrece otra cosa?

—Tráigame una caña— respondió el hombre.

La morena se retiró sin preguntar de cuál vino le traería, ya que ella sabía que a Pancho le gustaba el tinto; trajo el vaso de vino y se fué a su ventanilla, pero sin despegar la vista de la pareja. Cuando terminaron se les acercó la mujer de la cocinería y les preguntó:

—¿Qué quieren e'segundo?—. Ambos al unísono, respondieron:

—¡Porotos!

La morena los miró con tamaños ojos y exclamó:

—¡Puchas! ¡Si están diacuerdo, por qué no se casan mejor!

Esto hizo reír de buenas ganas a los comensales, incluso a los que estaban cerca de ellos y que escucharon la explosión de la niña de las mesas. Está demás decir que la morena partió hecha un demonio a la ventanilla, y gritó más fuerte aún:

—¡Dos porotos!

Esto dió ocasión para que el segundo plato fuera digerido en un ambiente de cordialidad y también a que la morena que estaba en la ventanilla se comiera las uñas de rabia y los otros clien-

tes pagaran el pato, siendo servidos a la pata la liana. Pero con todo no llegaron a conocerse, ni inclusive a saber cómo se llamaban. Después de comer pagaron sus cuentas respectivas, que no pasaban de un par de pesos, guardaron el vuelto, que fué dado de muy mal modo por la morena celosa, y cada uno tomó su camino.

Al otro día estaba Pancho trabajando en el hall del hotel, arreglaba unas cornisas, para lo cual había improvisado un pequeño andamio, y arriba de él tenía un saco de yeso, una gamela, un tarro de agua y las herramientas. Ya estaba terminado un parche, cuando entró la Cuatro Dientes con su bolsa de ropa. En esos mismos instantes, Pancho terminó el parche y arrojó al suelo un poco de yeso muerto, pero con tan mala suerte que fué a parar en el moño de la mujer. Ella exclamó mirando hacia arriba:

—¡Fíjese pá onde tira sus porquerías!

Pancho miró hacia donde lo retaban, diciendo:

—¿Qué pasó m'ija?—. Y cuán grande no sería su sorpresa al ver a la Cuatro Dientes. Lanzó una sonora carcajada y exclamó:

—¡Dos porotos!

A ella le costó un poco reconocer a ese hombre vestido con un pantalón blanco de yeso y la cara sucia del mismo material. Pancho parecía un berlin con ojos y dientes, mas cuando le reconoció también rió. Así empezó esta pareja. Al otro día ya estaba Pancho en la pieza de la Cuatro Dientes, en el conventillo de "Las Delicias".

Empezaron bien, pero luego faltó el trabajo y Pancho estuvo cesante cerca de seis meses, y otro tanto tiempo trabajando de muy tarde en tarde.

Esto lo puso torpe en su trabajo, y ya los patrones no tenían en él la misma fé de antes. El se cohibió y lentamente se fué convirtiendo en un vago. Esto trae siempre una extraña cola: la de enamorarse. Sí, Pancho andaba enamorado, pero no de una mujer, sino de muchas, y como no tenía nada que hacer se paraba en la puerta del conventillo y les decía piropos a cuanta mujer pasaba. Esto no le gustó a la Cuatro Dientes, y un día le dijo:

—Mira Pancho, si es que no tenís trabajo, no saldrís a buscarlo. Yo puedo correr con los gastos y pagar el cuarto. Por lo tanto tú no tenís pa qué salir a la calle.

El hombre reclamó un poco, pero la mujer fué terminante en sus palabras:

—Si salís sólo lo hacís pa andarte tirando a lacho con cuanta mujer vis!

Pancho no tenía otra alternativa: o le obedecía a su mujer, o tendría que mendigar. Porque trabajar, eso sí que no. ¡A eso no lo obligaría nadie! Y la Cuatro Dientes ganó la batalla; no importaba tener que trabajar para alimentarlo con tal que fuera sólo para ella. Así quedó concertada la cosa. Ella trabajaría todo el día y él haría la comida. Por eso él, en parte, no tenía la culpa. Para sus vecinas era la piedra de tope con la lavandera, cuando de pelear se trataba.

Rumiando estos recuerdos, Pancho siguió preparando las once. Cuando estuvo todo listo, Pancho llamó a su mujer. Ella, al sentarse, sintió un leve dolor en el vientre, que la paralizó por unos segundos, y exclamó:

—¡Chitas la payasá!

—¿Qué te pasa?— preguntó el hombre

—Creo que otra vez estoy embarazá.

—¡No creai!— dijo él, y agregó groseramente: —Debe ser un peco atajao....

—¡Ojalá!— dijo la Cuatro Dientes en un suspiro de abatimiento.

A todo esto, y al verlos comer, me dió hambre a mí y me fuí a mi casa. Claro que mi madre estaba hecha una furia por haberme perdido toda la tarde del hogar. Así que mis once fueron matizadas con unos buenos coscachos....

* * *

Pasaron seis meses sin ver a la Cuatro Dientes. Esto se debía a la escuela; las tiránicas cuatro operaciones no me dejaban tiempo para nada. Mi madre me decía: no irás al teatro ni jugarás con tus amigos mientras no sepas las cuatro operaciones. Y allí estaba yo maldiciendo al tal Pitágoras. Mas un Domingo en la noche, aprovechando que mis padres andaban en el teatro, me fuí al conventillo para verla. Era una noche muy helada y a punto de llover. Entré al conventillo. Estaba casi en penumbra, debido a que los habitantes se alumbraban con velas, y casi todas las puertas estaban cerradas. Así que había una mísera luz muy de trecho en trecho, dando unos claroscuros tenebrosos. Muy a lo lejos, al fondo, como un fantasma, se veía trabajando a la lavandera. Se ayudaba con dos chonchones a parafina. Me armé de fuerzas y entré en esa boca de lobo con un miedo terrible. Pero con muy mala suerte, porque al llegar a la mitad del conventillo metí un pie en la acequia que corría

a tajo abierto a todo el largo de la propiedad, y desembocaba en la cuneta de la calle. Esta acequia tenía la particularidad de llevar en sus aguas desperdicios que los habitantes lanzaban de sus respectivas puertas. Y los desperdicios eran de todas clases, no faltando de los menos olorosos y contun-
dentes. Así que el desagrado mío no era sólo el mojarme el pie, sino el mal olor de que quedaban impregnados el calçetín y el zapato afectado. Pero con todo, me acerqué a la Cuatro Dientes.

Allí estaba ella, lava que lava, pero sin el mismo brío que hacía meses atrás. Observando mejor me percaté de otra transformación en su cuerpo. Estaba mucho más gorda. Tenía una especie de globo en el abdómen, y esto la hacía trabajar más calmada; de vez en cuando paraba su trabajo y lanzaba unos tenues quejidos, pero se veía que estaba contenta porque iba a tener un hijo. Hasta ahora todos los años se sentía embarazada, mas debido al trabajo duro, a la mala alimentación, y a que su primer hijo había nacido muerto, los niños no le duraban más de tres o cuatro meses en el vientre y abortaba. Ya eran varios los fetos que se había llevado el canal que pasaba cerca del conventillo. Este era el motivo principal del por qué tenía sólo cuatro dientes. Ahora este niño que esperaba era otra cosa, ya se movía y pateaba en su encierro. Estaba gozosa de este acontecimiento, a pesar que esto no le gustaba a Pancho, que veía otra boca más que alimentar. Pensaba él que a lo mejor tendría que trabajar para correr con los gastos que exige un niño, empero se conformaba diciendo:

—Será por poco, luego se las rebuscará por su propia cuenta y a los seis años lo mando a lustrar

zapatos y yo tendré plata para tomarme mis litritos de tinto a costillas del cabro.

Sin embargo no le agradaba la idea de trabajar unos años, para después disfrutar de los beneficios que calculaba de antemano. Mas en última instancia él no podía hacer nada, porque la Cuatro Dientes se había encaprichado con tener un hijo. Sí, la Cuatro Dientes quería tener un hijo; para ella, era una prueba de mujer. Porque, a decir verdad estaba amargada por sus repetidos fracasos, y ella rústicamente lo presentía. ¡Su deber de mujer era tener un hijo! No le preocupaba la alimentación del mismo. Se criará como el diablo quiera, pero será un roto fortacho, pensaba. Y así lavaba día y noche acariciando la idea del niño que pronto nacería.

* * *

Volví a verla cuando ya estaba por nacer el niño. Ya casi lavaba sin ganas y exigía a Pancho que le ayudase. El hombre estrujaba y tendía ropa, por supuesto que rezongaba más ostentosamente que antes.

—¡Estos no son trabajos para un hombre! ¡Un hombre estrujando y tendiendo trapos!

Esto no ofendía a la lavandera, porque después de todo lo hacía de buenas ganas. Ella lo miraba de vez en cuando con esos ojazos que esta vez estaban embellecidos por el embarazo. Esos ojos parecían los de una vaca: plácidos cuando dan de mamar a su ternerito. Estaban trabajando cuando entró al conventillo la hija de la vieja chismosa. Era una piltrafa humana, pintada hasta la tusa y babosa

de borracha. Se despidió de unos hombres y entró cantando una canción obscena con voz aguardentosa. Metió un pie en la acequia y lanzó mil herejías. Se paró manos en jarra frente a los que trabajaban, rió estrepitosamente, y dijo:

—¡Buena con el maricantunga grande que te hai convertío, Pancho, por la misma mierda! ¡Lavando trapitos como un jetón!

Nadie respondió al insulto. Esto irritó a la ramera, se acercó atrevidamente a la pareja y dijo a Pancho:

—Oye Panchito, deja a esta tonta que se las machuque sola y vení conmigo a la pieza.

Y tomándose un seno agregó:

—¡Vení tonto, que estoy ré caliente!

Hasta aquí no más soportó la Cuatro Dientes. Echó manos atrás, y le propinó un feroz bofetón que la lanzó lejos, y se fué encima de ella como leona. Pancho trató de intervenir, pero no pudo contrastar la furia de su hembra. La ramera, medio aturdida por el golpe, tomó un fierro que encontró en el brasero de su madre, donde había ido a caer, y dióle un fierrazo en el abdomen a la contrincante. Luego otro en la cabeza, que hizo gritar de dolor a la mujer y en seguida caer al suelo contusa. La ramera trató de seguir su destructora tarea, cuando Pancho logró colocarle una fuerte bofetada en la mandíbula, que la dejó de bruces en la acequia, donde quedó sin sentido. Pancho, mediante un enorme esfuerzo tomó en brazos a su mujer, que se quejaba en el suelo, y la llevó a su cuarto.

A todo esto llegaron los vecinos del conventillo, y la mayordoma, que estimaba mucho a la Cuatro Dientes. Pancho la tendió en la cama. Ella su-

fría intensamente, pero no lloraba; su rostro denotaba la lucha con la muerte que libraba ese cuerpo de roble. La mayordoma mandó a su hijo a buscar la Asistencia Pública. Los vecinos del conventillo se apretujaron en la puerta de la desgracia. Todo el barrio supo la noticia en un segundo y hubo conmoción general, porque la Cuatro Dientes era estimada como una buena lavandera.... ¡Sí, era una gran lavandera! Y allí estaba ella, en sus últimos momentos. Abrió los ojos y pudo ver que arrodillado junto a ella estaba su Pancho, tomándole una mano. Veía en él la desesperación del que no puede hacer nada.... Alguien le puso un guatero de agua caliente en el abdomen. Entonces vino la enorme tragedia: ¡El niño no se movía! Tomó a su hombre de una mano y aferrándose a él, gritó:

—¡Pancho! ¡Pancho! ¡El niño no se mueve!
¡No se mueve!

Pancho le dijo cariñosamente:

—No lo sentís m'ija porque estai muy enferma.

—¡No! ¡No, Pancho! ¡Te digo que está muerto, que no lo siento!

Hizo un gran esfuerzo, se llevó las manos a las piernas, se levantó las polleras y se palpó.

—¡Pancho! ¡Pancho!

Frente a los ojos de Pancho apareció la mano de su mujer empapada de sangre. La Cuatro Dientes blandió su mano ensangrentada y exclamó:

—¡Pancho! ¡Está muerto!— y volvió a repetir desesperadamente: ¡Pancho! ¡Está muerto!

Las lágrimas que hasta ahora había contenido rodaron por sus ojos y se tapó la cara de dolor, de impotencia. ¡Había fracasado otra vez más, y es-

ta era la última! Sí, ella lo sabía. Ya no habría otra chance. Su desesperación iba en aumento. Todos sus afanes por tener un hijo se habían frustrado, y todo por una ramera que sólo servía para despararramar microbios. Pancho trató de calmarla diciéndole:

—¡No te preocupés mijita, mañana es otro día!

Pero no le convenció esto, ella sabía. ¡Ya no existía el mañana!

—¡Pancho! ¡Pancho!— dijo balbuciente la lavandera. ¡Cómo nos habría alegrao la vía el chiquillo! ¿Verdá?

—¡Sí, m'ijita!— confirmó el hombre.

—Sí— continuó la moribunda. El me habría doa un poco de alegría, de esa alegría que perdí cuando supe lo que era la vía.... que.... que.... Balbuceó otras palabras ininteligibles mirando vagamente a lo infinito. Pancho le acercó el oído, le preguntó muy cerca de ella, anhelante:

—¿Qué ice m'ijita....? ¡Oyeme! ¡Oyeme!

Ella ya no oía a los que estaban a su alrededor. Tuvo un intenso dolor que la hizo lanzar un quejido, y entró en suave letargo mientras balbuceaba sin voz:

—¿Qué culpa tengo....? ¿Qué culpa tengo yo?

Dejó de ver. Ya no sentía dolor alguno, y sólo reinaba el leve sonido de una flauta mágica.

La Asistencia Pública se llevó a la morgue el cadáver de la lavandera. Pancho quedó solo en el cuarto. Ese cuarto le pareció una cámara de torturas.

Escapó de ella como quien huye de una fiera.

Corrió, corrió mucho, muchas cuadras, hasta que llegó a un potrero. Allí se arrojó al pasto y enterró la cara en él. Lloró como un hombre por primera vez en su vida. Lloró ocultamente, enterrando sus lágrimas en la tierra, porque tenía vergüenza de su naturaleza, que no le permitió defender a su mujer, en este mar de lobos donde el más débil es devorado.

* * *

Al otro día los diarios grandes daban la noticia iríamente:

“Mujer borracha mató a lavandera que estaba encinta. El hecho ocurrió en un conventillo del barrio Vivaceta. La asesina pasará mañana al Juzgado del Crimen”.

Pero de la vida de la Cuatro Dientes no decía nada. ¡Nada! Ni tampoco daban una respuesta a la pregunta de ella antes de morir: “¿Qué culpa tengo yo?”.

CUELLO DE LOZA

CUELLO de Loza" llamaban a un muchacho de unos diecinueve años, alto, relativamente simpático. Lo relativo dependía del gusto de las muchachas que lo preferían. Pelo ondulado a fuerza de tanto cargárselo con la peineta en forma de círculos, de la frente a la nuca. Su pasatiempo favorito era peinarse con brillantina. Esto no quiere decir que fuera aseado con su cabeza. Todo lo contrario, se la lavaba muy de tarde en tarde, y la caspa ya invadía todo el cráneo. Lo interesante para él era estar bien peinado, las ondas bien hechas y brillantes; como esmalte el pelo. Las muchachas que lo preferían podían usar de espejo su larga cabellera. Flaco hasta la exageración. Cara ovalada, pestañas cortas y tiesas. Cejas muy pobladas, nariz perfilada, casi griega. Boca carnosa, sexual. Orejas largas y transparentes. Rostro pálido, de una palidez mortal, de hombre que come poco y duerme menos. Manos venosas, transparentes, largos los dedos. Manos de muerto.

Vestía generalmente a la moda, pero agregándole su dosis de mal gusto. El vestón excesivamente largo o en sentido contrario. Los pantalones debían ser muy amplios en la bastilla, "estilo marinero", como él decía. Por lo tanto el sastre, al hacer el pantalón, debía agregarle una cuchilla para formar esa especie de gualeta que tanto le agradaba. Tenía siempre dos o tres ternos de esta especie, en color azul. Tres pares de zapatos flamantes: uno negro, otro de charol, y un tercero bicolor: blanco y negro. Otra cualidad del calzado era que los tacos debían ser altos, casi como los de huaso.

"Cuello de Loza" era un bailarín empedernido. Creo que bailó desde que dió sus primeros pasos balbuceantes. Su familia era muy pobre y él trabajaba en construcciones, como ayudante de estucador. Lo poco que ganaba lo invertía en ropas, zapatos, pañuelos blancos y calcetines del mismo color, y brillantina por litros. Bailaba de sábado por la noche hasta las primeras horas del lunes. Esa era toda su vida. Era el famoso "Cuello de Loza" con su triste vida bilateral: trabajar y bailar. Debía llamarse de otra manera, pero nunca nos pudimos enterar de su nombre de pila, ya que todo el mundo lo llamaba así. El mote provenía de la exagerada costumbre de llevar cuellos duros, que sus amigos llamaban "Cuellos de Loza", por la rigidez y blancura inmaculada.

El muchacho en su trabajo cuidaba mucho sus manos. Trabajaba con guantes. Una medida muy buena por lo demás, pero que los obreros chilenos no acostumbran, por encontrarlo "siútico". Por lo tanto era el hazmerreir de las construcciones donde

él trabajaba. Pero qué le importaba, con tal de no tener sus manos partidas y casposas debido al contacto con el cemento y la cal. Llegaba el día sábado a las doce, y mientras los obreros esperaban sentados en la arena o sobre una ruma de ladrillos, echando garabatos contra el patrón que no llegaba a pagar, él se hermoseaba en el pilón del agua. Una y mil veces se peinaba hasta que el patrón llegaba cuando los obreros estaban lánguidos de hambre y tedio.

Sólo entonces dejaba de lado su tocado y esperaba tranquilamente el pago de su semana. Sus compañeros lo invitaban a comer algo y tomar un trago para pasar la rabia, que generalmente se pasa en las construcciones cuando los metrajes de los patrones encojen, y el dinero que pensaba recibirse es reducido por mil gabelas. Esto es clásico en toda construcción. "Cuello de Loza" no aceptaba estas invitaciones. Quería llegar luego a su casa, para después de almorzar, dormir la siesta y estar descansado para el baile de la noche. No comprendía la vida de esos hombres que sólo tomaban por charlar y no bailaban, con su fanatismo. Odiaba a los bolicheros del barrio que trabajaban todos los días y sólo tenían el placer de dormir. También le parecía estúpido que hubieran muchachos de su edad que perdieran la juventud quemándose las pestañas de noche, en colegios nocturnos, y trabajando de día, sólo con el afán de ganar más dinero en el futuro. Para él no tenía sentido el dinero, sino en la medida que le sirviese para bailar y comprar "lujos".

—¡Es una vida de perros!— se decía. Está bien querer ganar plata, pero no convertir la vía en un

guáter— y proseguía cuando alguien le preguntaba algo al respecto:

—Me conformo con comprar números de la Lotería; si gano, es porque yo estoy destinado a tener plata, si no, qué le vamos a hacer.

Después de su siesta se levantaba como a las siete de la tarde, y empezaba a hermosearse otra vez. Luego de lavarse la cara continuaba con los pies y llegaba su verdadero placer: escoger la ropa. ¿Qué calcetines, qué pañuelos, cuál “cuello duro”? ¿Qué calzado? ¿El charol, el negro, o el blanco y negro? Sobre la cama desfilaban sus ropas, que iba sacando de un viejo ropero familiar, tomado por asalto para uso personal. Sus ojos acariciaban aquellas prendas con deleite casi femenino. Había algo malo en eso de recrearse con los trapos. Frente al espejo del ropero, sin apartar la vista, recubría su cuerpo con esas vestimentas que tanto le costaba pagar mensualmente. Una buena porción de perfume barato daba fin a esa fiesta ególatra.

Daba a su madre unos pocos pesos para la semana, y el resto de su salario iba a parar en las quintas de recreo. Al salir de su casa era el comen-
tario obligado de las comadres del barrio. Relumbraba de pies a cabeza. Andaba con mucho cuidado hasta llegar a la calle Independencia, para no ensuciarse por esas polvorientas calles. Además del peligro evidente, que una buena señora tirara a la vereda, mientras él pasaba, aguas sucias y otros desperdicios. Esto no era difícil de ocurrir. Ya le había pasado la Pascua pasada cuando recién estrenaba uno de sus elegantes ternos azules. Des-

pués de sortear todos estos peligros llegaba a la plaza Chacabuco, donde lo esperaban sus amigos de farras. Eran tres muchachos de casi la misma edad que él. Las quintas de recreo que más les agradaban eran sin lugar a dudas, "Los Naranjos", Negrete abajo, y "Las Higueras", Paradero Dieciocho de la Gran Avenida. Esas eran las pistas favoritas de estos cuatro mosqueteros de la danza popular.

Por lo general no tenían parejas, mas esto no era un inconveniente serio. Apenas llegaban se las inteligenciaban para encontrarlas. Esto por otra parte lo allanaban las empleaditas domésticas en su día de asueto. Ellas, después de quince días de encierro, tenían una noche para hacer lo que se les antojara. Y allí caían para olvidar el traperero y las ollas. El muchacho vibraba en ese ambiente. ¡Cómo le gustaban esos lugares llenos de ampolletas de todos colores! Sus ojos centelleaban junto a esos papelitos de colores colocados y distribuidos con tal mal gusto. Allí se encontraban a sus anchas. Mujeres que reían estrepitosamente mostrando su escasez de muelas. Faldas cortas y piernas llenas de sabañones, debido a las madrugadas para comprar la leche. Allí una juventud cansada de trabajar se entregaba a un alegre olvido de sus vidas oscuras, sin horizontes, junto a otros tipos de dudosa conducta. La orquesta atacaba y al muchacho se le hacía chica la pista. Venían los swings, los foxtrots, rumbas y tangos. Las otras parejas le hacían rueda. Ese era el momento formidable, esperado ansiosamente toda la semana. Esa rueda, esa alabanza a sus dotes de bailarín, pagaba todos los desvelos y se justificaba a sí mismo. Parecía que por su

cuerpo pasaban ondas eléctricas. Las contorsiones y pasos de lujo eran una locura, mientras el hombre de la batería, solo, daba un ritmo endemoniado a esa música extranjera. En un momento todo era una tremenda algarabía de tambores, grandes y pequeños, mientras "Cuello de Loza" y su pareja eran los amos del embaldosado. Los que animaban a la pareja, llevaban el ritmo con las palmas de las manos, los azuzaban con voces afiebradas. Por fin entraba toda la orquesta y en un tremendo barullo de latas terminaba la pieza. Las parejas se sentaban a las mesas y un aguado ponche refrescaba a esos atletas bohemios.

Y así rítmicamente se iba la noche. Al alba, "Cuello de Loza" regresaba a su casa, después de ir a dejar a su pareja sin romanticismo alguno. Para él sólo existía la compañera de baile. Como él, muchos más llegaban a sus casas cuando los jugadores hípicos se aprontaban para dejar su salario en el Hipódromo Chile. En esas noches de sábados y domingos, quedaba lo mejor de nuestra juventud pisoteada en esas lustrosas baldosas, indiferentes ante el sufrimiento que traería su callada complicidad. "Cuello de Loza" dormía todo el domingo, se levantaba al atardecer, y otra vez a lo mismo, hasta el alba del lunes. Esa vida la llevaba ya por tres años consecutivos. Sus padres y familiares lo criticaban duramente, pero él no se inmutaba, y todos los fines de semanas volvía por sus canchas.

Mas, la tiránica y benévola naturaleza no se dejó burlar por ese loco que tan mal le pagaba. Ella lo estructuró, pedazo a pedazo, con amor hizo su continente. Ella lo había hecho un hombre para

que tuviera hijos y sufriera, amara y comprendiera lo grandioso que es ser parte del universo. Ella también quería ser amada por él. Pero al muchacho sólo le interesaba bailar. ¡Bailar y bailar!

Su organismo, tan mal cuidado y peor alimentado, empezó a flaquear. La tos lo acompañaba como una mujer celosa, mordiéndole y haciéndole sangrar. Se encontró sin fuerzas para el trabajo duro y constante de la construcción, y tuvo que alejarse del oficio. Pensó en buscar empleo en algún hotel lujoso.

—Allí la pega debe ser liviana y las propinas buenas— dijo a un amigo.

Mas el asunto no era tan fácil, y después de un mes de trajines le prometieron un empleo de botones en el Hotel Carrera para el mes próximo. Mientras tanto, los blancos calcetines y pañuelos se extinguían; los amigos se hacían humo cuando más los necesitaba. Pero con todo, él iba siempre a sus quintas favoritas. Ya no podía sentarse a una mesa por falta de dinero. Se paraba a la entrada de la pista y desde allí sacaba a bailar a las muchachas que no tuviesen compañeros, así fueran o no de su agrado. Otras lo convidaban a sus mesas, gesto que él ganaba por sus cualidades de bailarín. Total, ellas pagaban el consumo. Esto era inconfortable para él. Sin embargo, lo vital era cumplir con la Diosa del Tango. Ya los tacos de los zapatos estaban torcidos, los cuellos mal planchados. No podía darse el lujo de mandarlos por docenas a la lavandería, como en otros tiempos. Noche tras noche, las muchachas lo preferían menos, por su indumentaria. Eso le irri-

taba, al punto de pelearse con todos. Ya nadie lo soportaba. ¡A él, otrora amo de esas pistas!

Un domingo consiguió doscientos pesos, y un cueilo duro blanquísimo. Esa noche tomaría una mesa y conseguiría una buena pareja. Toda la semana había tosido; el pañuelo se teñía de rojo. "Cuello de Loza" comprendía lo que estaba pasando, pero se dijo:

—Esta será la última noche. ¡Mañana me voy al hospital!— y lanzó un suspiro sentimentaloides.

Llegó a los "Naranjos", tal vez su quinta más querida. Entró como emperador después de una batalla triunfal. Encontró una empleadita rubia de mirada opaca, que observaba a los que bailaban y reían despreocupadamente. Cambiaron miradas. Cuatro piernas entablaron una animada charla rítmica dictada por los músicos. Ella le contó su vida.

—Donde trabajo, decíale, es una verdadera cárcel. A las nueve de la noche la señora cierra la puerta de calle, y todos a dormir. La señora me trata bastante mal. Pero, ¿qué hacer? Sólo sirvo para eso.

—¿Y por qué no se cambia?— preguntó el muchacho, interesado por primera vez en una mujer.

—En todas partes son iguales.

—¿Y qué piensa hacer?

—Creo que me voy a salir de donde estoy, para trabajar en una fábrica. Allí las cosas no están mejor, pero, en fin, tendré libertad, y no tendré que soportar a esa señora, y al caballero, especialmente, que quiere hasta meterse en mi cama.

"Cuello de Loza", sentía por primera vez una sensación extraña al rodear en sus brazos a esa

muchacha. Cada momento que pasaba la encontraba más simpática, y cuando bailaban algo lento, la besaba con bastante pasión. Ella se dejaba tranquilizar como oveja, pero en el fondo empezaba a gustarle ese muchacho pálido, con cara de desgraciado, que tanto tosía.

En una movida rumba que recién terminaba, el muchacho sufrió un leve desmayo y se sostuvo en su amiga. Ella se alarmó, pero él no dió importancia al asunto, y siguió bebiendo el amarillento ponche. Algo había de romántico en esa pareja. Bailaron un bolero de moda muy juntitos, mirando la luna llena. La orquesta otra vez tocó los ritmos rápidos y la pareja se agitó frenéticamente. Vino un swing. El que más gustaba a "Cuello de Loza", y este sí que lo bailó con toda su alma. Ese muchacho parecía estar poseído, por arte de magia, del hombre de la batería, que gobernaba a esos títeres de carne y hueso. De sus tambores salían las ondas sonoras que absorbía la pareja. "Cuello de Loza" estaba cercano a un ataque epiléptico. Entró todo el grueso de la orquesta. El zafarrancho era ensordecedor. "Cuello de Loza" sentía cada vez más fuerte en sus sienes esas notas que tanto le gustaban. ¡Algo pasaba! ¿Qué?... Sus ojos empezaron a nublarse. ¡Todo daba vueltas! Los músicos parecían gigantes. Los instrumentos perdían sus formas y tomaban las más caprichosas. Las notas se alargaban, achatándose, como un repudio y reconcentración de moléculas en un cuerpo imantado. Parecía que por momentos bailaba en el aire. Ya no sentía sus pies. Sus manos parecían gelatina. La orquesta apuró el ritmo y terminó en unas notas repetidas

muy rápidas y muy agudas, casi para romper tímpanos. Al finalizar la última nota, "Cuello de Loza" se encontró suspendido, y caía en el vacío en un mismo instante.

Despertó momentos después mientras era conducido al hospital, por el furgón de la Asistencia Pública.

* * *

Varias semanas estuvo en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte. La muchacha que conociera la última noche de fiesta, venía a verlo cuando sus tiránicos patrones se lo permitían.

* * *

Mas una tarde, entre el viento perfumado que corría por el jardín del hospital, viajaba su último aliento.

En el viejo ropero familiar quedaron sin amo, los zapatos de taco alto, la brillantina y los queridos "CUELLOS DE LOZA".

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL SEÑOR GONZALEZ

UNO de los personajes de mi infancia que más recuerdo, aunque con repugnancia, es el señor González. Le llamábamos así, irónicamente, porque él además lo exigía. Era un hombre alto, mofletudo, con cara de avestruz, ojos chicos y lujuriosos; boca de labios delgados, blanquizcos; frente amplia, y algo calvo. Sus manos velludas parecían manos de monos. Nariz que ya acusaba el abuso del alcohol. Por tales características físicas, para mí repugnantes, él se consideraba un "caballero", y estaba feliz de poseerlas. Posaba como tal, siendo insufrible por su petulancia. El "señor González" se quejaba continuamente del ambiente que lo rodeaba. El era un hombre educado y tenía que soportar la charla insulsa de sus vecinos de conventillo. Recuerdo que una vez, en el colmo de la desesperación gritó a un borracho:

—¡Mira roto ignorante, si no te retiras inmediatamente de mi vista, te mando preso!— y el vecino le contestó:

—¡Roto! ¡A quién vení a tratar de roto, tonto piojento!

Y González echó mil maldiciones, pero el vecino tenía razón. González, con toda la educación que decía tener, no era muy limpio y a veces se encontraba unos bichos grandes veraneando en sus costillas.... Por último, González exclamó:

—¡Hias de saber, roto ignorante, que soy "Telegrafista", y tengo una educación humanística!

—¡Y vos habís de saber que soy un profesional!— contestó el vecino. Un "señor Cortaor de Lairillos", y sé leer y escribir correutamente! ¡Y hasta tengo un tío que es cabo de Carabineros, pues!

Y así todos los días, González tenía sus peleas y disgustos con sus vecinos y amigos de juego, debido a su insufrible petulancia. Porque González odiaba profundamente todo lo que le rodeaba, pero soportaba a los que jugaban con él, a las cartas, dominó y rayuela. A esos borrachos les sacaba hasta el último céntimo, con lo cual llevaba sus gastos. Para ellos, González, era un tipo cargante, pero pintoresco a la vez, y por lo tanto, lo soportaban. González dejaba de mano también sus escrúpulos cuando se trataba de comer causeos y beber vino a costillas de sus amigos ignorantes. Y en cuanto a mujeres se refiere, la cosa era semejante: se acostaba con cualquier mujer andrajosa, siempre que por sus servicios no pidiera nada.

En los tiempos que yo lo conocí, hacía unos años estaba viudo y vivía con sus tres hijos en una covacha del conventillo "Las Delicias". Pedro, de veinte años, Ester, de unos dieciocho, y Juanita, de unos diecisiete, eran la prole de este "caballero".

González, a pesar que pregonaba a los cuatro vientos su cultura, jamás se preocupó de sus hijos en este orden de cosas, y ellos apenas sabían leer y escribir.

Para nosotros era fastidiosa la presencia de este individuo, pero no podíamos hacer nada, pues él gozaba de sus derechos de ciudadano, sin tener ningún compromiso con la sociedad.

Un día, Pedro, su hijo mayor, lo llamó a terreno:

—¡Padre, Ud. no puede seguir haciendo lo que hace! Todo el vecindario habla mal de Ud.... Dicen que es un flojo, un vicioso y qué sé yo!

—¡Déjalos que ladren a esos perros malditos!— respondió González.

—¡Pero, padre!— repuso el hijo

—¡Nada! ¡Nada! ¡No permito que tú, mi hijo, se convierta en mi juez!— fué la airada réplica del haragán. El muchacho insistió:

—Pero, ¿por qué no trabaja?

—¡No tengo empleo!

—Podría trabajar en cualquier cosa— repuso el muchacho.

—¿Qué dices?— dijo González, abriendo tamaños ojos. ¿Acaso insinúas que yo trabaje con una pala y un chuzo? ¿O que, tal vez tome un canasto y me ponga vender tomates por las calles?

—En último caso, ¿qué tiene de malo?— preguntó Pedro.

—¡Tú eres un ignorante!— respondió González, y prosiguió. ¡Yo no puedo hacerlo!

—¿Por qué?— insistió el hijo.

—¡Por que no! ¡Sencillamente! ¡No puedo por

decoro! ¡Yo siempre he sido un empleado, y si no encuentro una buena ocupación, no trabajaré en nada!

—¡Lo que pasa— dijo Pedro, es que Ud. es un viejo flojo! ¡Yo no puedo dar más plata de la que doy!

—¡No te permito que me insultes así! ¡Recuerda que soy tu padre! ¡Además, nadie ha solicitado tu sueldo para mantener el cuarto!.... ¡Y te diré más! ¡Ya me tienes bien cansado con tus tonterías! ¡Y no pienso aguantarte más!

—¡Si quiere me voy! —dijo enojado el muchacho. González replicó:

—¡Me harías un gran favor!

Y salió dando un portazo. El joven miró a sus hermanas, y sin decir palabra, se fué. No volvió nunca más. Meses después se supo que estaba en la marina mercante, navegando por otros mares. González recibió feliz la noticia. Pedro ya no molestaría en sus planes.

Siempre frecuentaba, este dichoso "caballero", un bar que había en la esquina cercana a su domicilio. Allí desplumaba a sus amigos. El dueño del bar era un hombrón fornido, más bien bajo de estatura, hombre típico de las salitreras. Lo llamaban el "Pampino". Se contaba de él, que en sus años mozos había sido salteador de caminos, y que hasta en la cárcel había sido pensionista buenos años, por tener más de una muerte a sus espaldas. Pero se había retirado, y el boliche que tenía, era fruto de sus aventuras por los caminos. Ese boliche era el sitio de reunión de vagos y borrachos de la man-

zana en derredor. De lunes a domingo, siempre estaba atestado de borrachos, y disgustados del trabajo.

Un día González fué a parar debajo de unas mesas del bar impulsado por una bofetada lanzada por un airado perdedor. El Pampino salió en su defensa. Este incidente sirvió para crear una amistad íntima entre los dos. El Pampino había divisado a Ester, y le había echado el ojo; esperaba con el tiempo hacerla su mujer. Contaba con la debilidad del padre para sus pretensiones.

Ahora, González, frecuentaba como su casa el boliche, era lo que se dice, uña y carne, y el Pampino le insinuaba sus pretensiones solapadamente. Ester se enamoró de un obrero que vivía en el conventillo; esto a González le pareció un sacrilegio, y así lo hizo saber una noche.

—¡No me gusta que te juntes con ese hombre, Ester!

—Pero yo lo quiero y pensamos casarnos —dijo la muchacha; el padre le respondió:

—Ya sabes mi parecer al respecto. ¡No quiero un yerno obrero! ¡No pienso entregarte a un hombre que te tenga toda andrajosa!

—Pero.... —replicó la muchacha.

—¡Nada! ¡Nada! ¡Tú haces lo que yo te ordeno! —concluyó él. Y su mirada y su voz no permitían réplica.

Un día de mala suerte para González perdió bastante y esta vez no tenía dinero con qué pagar. Entonces recurrió a su amigo. El Pampino le prestó dinero y lo invitó a tomar una copa. Se sirvieron

largos tragos saboreados. El Pampino aprovechó la ocasión para pedir lo que quería, y dijo:

—¿Cómo está su hija?

—¿Cuál? —preguntó González, soslayando la respuesta.

—¡La Estercita, pues! —respondió el Pampino retorciéndose los bigotazos, y agregó: Sírvese otra copa.

Se sirvieron unos tragos cortos, en silencio. Las miradas eran elocuentes. El Pampino pensaba:

—¡Lo tengo en el bolsillo! ¡La cabra será mía!

González, para sus adentros, decía:

—¡Este pobre infeliz puede ser una mina de plata!.... Nos vendríamos a vivir aquí.... ¡Tendríamos casa y comida gratis, y harto trago! ¡Mis preocupaciones se las llevaría el viento!

González salió de sus meditaciones y se despidió:

—Gracias, amigo. Ya le pagaré cuando pueda. Hoy estuve de mala, pero mañana me desquito de lo lindo.

—No se preocupe, ya sabe que esta es su casa —dijo el Pampino—. Mañana, que es lunes, ¿por qué no viene a almorzar conmigo? ¡Trae las chiquillas y yo le tendría preparao un buen almuerzo! —González lo miró, y tras una pausa, dijo:

—No sé si quedrán venir ellas....

—¡Eso depende de Ud. no más!

—¡Ya lo creo!! —dijo González—. Eso depende de mí, claro está. De todas maneras, vendré yo. Le aseguro que mañana no almorzará solo.

—¡Epa, amigo! —repuso el Pampino—. ¡Mejor es que no venga si no viene con la Estercita!

González jugaba con la situación para sacar el mejor provecho. Luego de observar la reacción del dueño del boliche, dijo:

—No sé si quedarán venir. Lo conversaré con las niñas.

Al Pampino no le agradó esta respuesta, y dijo con mirada amenazante, pero suavizando la voz hipócritamente:

—Yo crep, amigo, que eso lo decide Ud. Para eso son sus hijas. ¡Caramba! ¡No estaría bien que Ud., que es amigo mío, me hiciera una cochiná de esta forma!

González sintió en todo su poder esa mirada de bandido, a pesar de la voz tranquilizadora. Tembló un poco, pero se barajó con una sonrisa nerviosa, y dijo vacilante:

—Claro, yo soy el padre. ¡Tienen que obedecerme!

—¿Y? —preguntó el bandido, sin despegar los ojos del vago.

—¡Claro, por supuesto, no faltaba más! —dijo González tratando de entonarse bajo esa mirada aterradora, y agregó: Espérenos mañana a las doce, estaré con mis hijas.

El Pampino sonrió malignamente, y dando un palmotazo en las espaldas del viejo, exclamó:

—¡Así me gustan a mí los hombres! ¡Que tengan los pantalones donde deben llevarse!

González acusó el tremendo palmotazo en sus espaldas y sonrió, tratando de darle poca importancia a lo sucedido. Se retiró del bar. Sabía el pro y el contra del negocio, pero ya no podía echarse atrás.

El almuerzo del lunes fué generoso, y rociado por abundante néctar. El Pampino se deshizo en atenciones para con Ester; hasta le regaló un par de medias. Ester las rechazó de plano, mas el Pampino, que era como mula de testarudo, insistió:

—¡Pero Estercita, cómo es posible que no acepte mi regalito! Recuerde que soy un hombre que tanto la quiere. ¡Los pampinos somos de corazón leal, pues!

—Sí, hija, recíbelas! —intercedió el padre—. Mira que son con talón de color, de esas que tanto te gustan.

—Pero, papá, no creo que...

—¡Tú crees lo que yo te ordeno y basta! —dijo tiránicamente González.

El Pampino suavizó la cosa diciendo:

—Si la molesto con este insignificante regalito, no las reciba, y terminado el conflicto.

Ester dijo toda cohibida:

—¡Pero si yo no quiero decir eso! Uds. no me comprenden.... Está bien, me quedaré con ellas.

—¡Bravo! ¡Así se habla! —exclamó el Pampino y agregó tomándole un muslo groseramente: —Ud. es la mujer que yo tanto hei esperao. ¡Ud. es la mujer que yo siempre hei deseao tener!

Ester miró desesperada a su hermana. Juanita la ayudó en su aflicción con la mirada.

* * *

Pasaron los días y seguían los convites, y González seguía sacándole plata a su futuro yerno, para pagar sus deudas de jugador, que desde que le

pegaron ese tremendo bofetón, el azar no le acompañaba. Para rematar la mala suerte de Ester, un día la mayordoma del conventillo los puso de patitas en la calle con todas sus pilchas. Lo primero que se le ocurrió a González fué refugiarse en casa de su amigo. El Pampino los recibió encantado. Para él, esto era miel sobre hojuelas. Como al mes de estar allegados donde el Pampino, vinieron a convertirse en realidades los apetitos del dueño de casa. Una noche González y Juanita fueron al teatro. Ester no los acompañó por encontrarse indispueta. Fueron a la nocturna, y Ester se acostó.

—¡Aquí las están dando! —se dijo el Pampino. Echó a los pocos borrachos que quedaban y bajó las cortinas metálicas. Se tomó un buen trago, y arreglándose los bigotazos, se dispuso a entrar en la habitación donde dormía la muchacha. Contaba para su hazaña con una llave que mandó hacer ex profeso, para cuando se presentase la ocasión.

Entró en la habitación silenciosamente, con esa cautela característica de ladrón avezado, y se acercó a la durmiente; por la ventana entraba un leve rayo de luz que daba mayor realce a la belleza de Ester. La destapó lentamente, miró sus bien formadas piernas. Lentamente, con mano temblorosa le agarró un seno y lo apretó golosamente. Ester despertó y trató de zafarse de él. Mas el esfuerzo la derrotó, y ya nadie podía socorrerla....

* * *

González estaba contento con lo acaecido. Ya nadie lo sacaría de esa casa. Pero, como padre, tu-

vo que hacer la comedia del honor ultrajado, y gritó y vociferó por diez. Pidió un casamiento rápido para reparar el daño causado.

—¡No me digan ná! —bramó el Pampino, ya dueño de la situación—. ¡Si quieren se quedan, o si no se van a la misma mierda! ¡Bastante caro me resultan! Y dió un portazo que se escuchó a una cuadra a la redonda.

Ester lloró y proclamó su desgracia a los cuatro vientos. Juanita preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

—No sé —dijo el padre—, creo que lo mejor es que nos quedemos aquí!

En eso volvió el Pampino y los miró desafiante, con esa mirada de bandido tan suya, y exclamó:

—Y si la Ester se queda, dormirá conmigo. ¡Ya saben! ¡O la Ester duerme conmigo o se van a la calle! — Ester lo miró con odio y le gritó:

—¡Andate de aquí, asesino! ¡Jamás entrare en tu pieza! ¡Ni muerta lo haré!

El Pampino rió sarcásticamente y se alejó.

—Hija, no debiste tratarlo así —repuso el padre—. Comprende que este hombre es vengativo, y puede desquitarse conmigo.

—¡Bien estaría que le pasara! —dijo Juanita—. Esto nos sucede por su flojera y por no permitir que nos casemos con hombres pobres, pero honrados! ¡Pedro tenía razón!

—¡Calla tú!.... No es contigo la cosa —dijo González, algo cortado por las palabras de su hija menor. Ester se irguió soberanamente y dijo:

—¡Nos iremos esta misma noche a cualquier parte!

—¡No comprendo! —exclamó el padre—. ¡El asunto no es tan fácil! No tenemos dónde vivir ni qué comer.... Además —dijo balbuceante y como último recurso— ya no tiene remedio el asunto! Tú ya perdiste tu honra y no puedes casarte así como así. Comprende, yo y tu hermana no tendremos qué comer, por tu culpa.

—¡No te escudes conmigo! —dijo Juanita—. ¡Yo no estoy pidiendo ningún sacrificio!

—¡Uds. están locas! —replicó el padre, perdiendo terreno—. ¡El Pampino no és tan malo, después de todo! — Ester gritó, colérica:

—¡Yo lo odio! ¡Y no quiero estar un momento más en esta casa!

González, usando de toda su habilidad de far-sante, quejumbrosamente se lamentó:

—Claro, qué te importa á ti, que tu padre viva en la calle muriéndose de hambre, con tal de salir con tu porfía.... Comprende, aquí nunca te faltará nada....

—¡Ni menos a Ud., y podrá emborracharse a destajo a cuenta de mi deshonor!

—Comprendo que estés enojada conmigo, tal vez no he sido el buen padre que yo creía ser.

Reinó por un instante el silencio. González, estimando que era necesario cambiar de táctica, dió grandes trancadas por la habitación, y dijo enfáticamente:

—¡Ester, lamento mucho lo ocurrido! Pero, es lo mejor que podía pasarte. ¡Tú no sabes nada de la vida! ¿Sabes lo que significa casarse con un pobre diablo que ni siquiera gana para alimentar a sus hijos? ¡No! ¡No sabes! ¡Yo tampoco permiti-

ré que lo hagas! ¡Tú te quedarás aquí porque yo te lo ordeno! —y dando a sus palabras un tono profético, concluyó: —Con el tiempo me lo agradecerás. Es posible que ahora me odies, pero cuando conozcas la vida como yo.... me bendecirás!

De nada sirvieron las súplicas de la pobre infortunada. Su suerte ya estaba echada. Ester se enterró en su cama llorando. González había cometido una fechoría más.

* * *

Ester entró cabizbaja en la pieza del Pampino, y empezó para ella una larga vida sin color. De ahí surgió otro problema. Un gran problema, que le gustaba a González y lo odiaba al mismo tiempo.... Ahora tendría que afrontar su lucha interna, en lo cual no contaría con Ester, para detener sus ímpetus malsanos. En la casa no había otra pieza donde acomodar un dormitorio para Juanita. Por tanto, él y su hija menor deberían dormir en una misma pieza. Cuando estaba Ester, la cosa parecía lejana, y le daba rabia ese impedimento. Pero ahora estaban solos. Solos en esas largas noches de invierno.

* * *

González cambió radicalmente de vida. Deambulaba por las calles roído por el deseo maldito. Otras veces pasaba días enteros encerrado en su cuarto, presintiendo el cuerpo cálido de su hija. Los borrachos preguntaban por él, y Ester, que ya ha-

bía entrado de lleno en los negocios de su hombre, contestaba a sus parroquianos que estaba en su pieza y que no quería ver a nadie. Por las noches padecía mil temores y sobresaltos, marullando su gran fechoría. Hizo poner un biombo frente a la cama de Juanita. Pero de todos modos sus ojos lo traicionaban. Juanita presentía las miradas lujuriosas de su padre y se desnudaba a oscuras. De todas maneras siempre había pequeños detalles que ponían a González en un estado de nervios insoponible. Pequeños detalles: una prenda interior de su hija, las medias colgando del biombo....

Una noche se descuidó un poco, y González alcanzó a divisarle un muslo. ¡Esas carnes que eran sus carnes, lo llenaban de angustia y apetito báquico! ¡Esas noches eran infernales!

Juanita conoció a un muchacho que le interesó. Se veían a escondidas, porque González le prohibía toda amistad con muchachos de su edad. Ella estaba enamorada, y se sentía correspondida. Además, para ella eso era una salida a algo que barruntaba, algo tenebroso en los designios de su padre. Una noche los sorprendió González, insultó al muchacho y arrastró a su hija a casa. Juanita protestó por el procedimiento:

—¡Yo quiero a ese muchacho!.... ¡No comprendo su modo de ser, padre!

—¡No te conviene! —fué' lo único que atinó a decir González—. ¡Es un pobre diablo!

—¡Así será, pero yo lo quiero y tengo derecho a verlo!

—¡No tiene ni un oficio, siquiera! ¡Cuando

mucho llegará a ser un obrero como tantos! Y ya sabes mi parecer al respecto.

—¡No me importa su modo de pensar! ¡Yo me casaré con él porque lo quiero!

—¡Tú harás lo que yo ordene! ¿Entendido?

La muchacha cayó en su cama y se largó a llorar. Las lágrimas de Juanita lo desarmaron, se acercó a ella, le dió un beso en la frente y le dijo:

—¡Perdóname, lo hago por tu bien! — Ese beso quemaba sus labios. Luego dijo:

—¡Te quiero demasiado! Comprende, estoy solo. Tu hermano quizá dónde diablo se halla. Ester, ya encontró marido, y si tú te casas, ¿qué haré yo solo?

La estrechó contra su cuerpo. Los senos de Juanita quemaban sus resistencias. Ese roce lo hacía vibrar con violencia. La muchacha lo miró con ojos llorosos e inocentes. El recordó esa mirada. ¡Era la misma de la madre de Juanita! Ojos negros profundos, grandes como dos habas azabaches. Lentamente su boca se iba acercando a los labios de su hija. Luchaba intensamente por detener ese movimiento. Sus apetitos, y ciertas fuerzas ocultas, lo resbalaban por la pendiente de terror y placer.

Pudo salir de ese encantamiento mediante un gran esfuerzo y se disparó a la calle. Esa noche, los hoyos de las aceras de la población fueron testigos de sus agitaciones, de sus pensamientos más encontrados. Al amanecer regresó, se tendió en su cama y pudo dormir. Durmió gracias al cansancio, y por unas horas su cerebro desquiciado lo dejó descansar.

El Pampino se daba cuenta de lo que estaba

sucediendo bajo su techo, mas no daba importancia al asunto. Y para su alma grosera se decía:

—Es mejor que él se tome el mate antes que lo haga otro mal agradecido.... Después se dijo: ¿No será mejor que ese matecito me lo tome yo?.... ¡Claro, si la están dando! ¡Apenas se descuide el viejo me arreglo los bigotes con la Juanita!

Días después era el santo de Juanita, por tanto hicieron los hombres una fiesta en grande. González se entregó al vino con frenesí.... Juanita se acostó temprano, pero los dos hombres siguieron bebiendo y cantando hasta altas horas de la noche.

González entró a su habitación. Su hija dormía. La observó largo rato. Había un traidor claro oscuro que realzaba la belleza de Juanita. La muchacha dormía profundamente; ese día había sido agotador para ella. Se dió vuelta dormida en la cama y se destapó, dejando entrever el comienzo de sus senos. González tendió una mano, temblorosa. Se detuvo.... La tapó, rechazando su intento.

La muchacha volvió a darse vuelta, en sueños, y dejó ver la nuca. ¡Esa nuca! ¡Lo desarmaba! Ya no podía resistir la presencia de su hija.... ¡Esa nuca y el alcohol eran dos cosas que formaban un concierto infernal! El padre perdía terreno. Su voluntad flaqueaba.... Y ganaba terreno la bestia. Su cabeza estaba afiebrada, todo su cuerpo tenso, unos tambores extraños golpeaban sus sentidos. Recordó sus ojos azabaches, el principio de sus senos, la pierna que el otro día había visto.... ¡Ya no se podía contener! Retrocedía en el tiempo.... dejaba generaciones atrás.... y volvía a los tiempos del hom-

bre cavernario. No reconocía a su hija, sino a la hembra....

Y los tambóres seguían aturdiéndolo e incitándolo. El torbellino formado por los negros y profundos ojos, los muslos rosados, los senos que lo rozaron, ese beso que quemó sus labios.... Miró a la muchacha y todo su cuerpo estaba tenso, la garganta seca, tembloroso, frente al deseo.... Y cayó sobre su hija, como un animal enloquecido....

Juanita desapareció del barrio, y nunca más se supo de ella.

* * *

En cuanto al señor González, me enteré el otro día que vivía feliz, disfrutando de la jubilación que le había otorgado el gobierno por sus años de servicio como telegrafista del Estado, a pesar de que lo habían expulsado del servicio por un desfalco de poca monta.

Sí, camina por las calles, como si nada.... Es muy posible que alguno de Uds. lo haya encontrado a su paso y dijera: QUE ALEGRE ES ESE BUEN VIEJO.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL CHICHA FRESCA

RECUERDO que en el conventillo donde vivió la Cuatro Dientes, hubo por primera vez un acuerdo entre sus numerosos habitantes. Sucede que en dicho conventillo habitaba un limosnero, bastante viejo, y avaro como él solo. Vivía únicamente de mendigar. Era un hombre solitario. Sus ojos azulosos denotaban la cercanía a la tumba. Apenas se sujetaba en su bastón, pero todos los días salía a mendigar por las calles de la ciudad. Era una figura conocidísima en los cafés y bares céntricos. Los parroquianos lo llamaban cariñosamente "Ño Estaquio". Nadie sabía por lo demás cómo se llamaba, en realidad; por otra parte, ¿quién podría negar que no se llamaba así, cuando era un viejo nacido para llamarse así? Era "Ño Estaquio" un viejito malas pulgas, reconcentrado, especialmente con los niños del barrio, que se divertían en molestarlo. Todos los días, como a eso de las doce de la noche, llegaba "Ño Estaquio" y se metía en su pieza, sin dignarse hablar con nadie. Prendía su vela, abría la cama y se acostaba después de cruenta lucha por subir al camastrote. Personaje muy conocido era

“Ño Estaquio” en el barrio, a pesar de que no hablaba con nadie excepto cuando solicitaba limosna. El tenía su historia, y muy larga de contar, allá por otras tierras, al sur. Y por eso temía comunicarse con la gente: para que nadie siquiera lograra atisbar su secreto.

Una noche llegó en cuatro pies al conventillo. Venía muy enfermo. Antes de acostarse suplicó a la mayordoma que le diese un poco de café caliente. Afortunadamente para él, la “ogro” del conventillo se encontraba de buen humor, y logró su cometido. “Ño Estaquio” agradecióle el café y entró a su cuarto. Lentamente, entre quejidos, fué sacándose sus pilchas y se acostó. Esa subida al camastrote fué la más difícil de su vida. Por fin estaba en la cama, se abrigó más que nunca. Sentía mucho frío. ¡Un frío enorme! Un frío que iba paralizándolo completamente. Comprendió lo que esto significaba. Había llegado su hora. Tras gran esfuerzo metió una mano bajo el roído colchón. Sus ojos parpadeaban mientras sus dedos temblorosos le decían que allí estaban. Sí, allí estaban. ¡Eran fieles a su amo! ¡Fieles como los recuerdos! Entornó los ojos hacia el encielado del cuarto. Las arañas dormían plácidas en las cuatro esquinas negras de hollín. Trató de levantarse. Apoyó los brazos, un centímetro, dos centímetros, cinco, diez centímetros, y cedió, incrustándose otra vez en la cama. Gritó, pero no fué escuchado por nadie.

—¡Ya no podré! ¡Ya no podré!

El frío continuaba apoderándose de ese maltrecho cuerpo. Otra vez gritó ahogadamente:

—¿De qué servirá mi gran silencio? ¿De qué

servirá mi gran sacrificio, si no podré ir a donde tú estás, Lucrecia?

El azuloso entalamiento ganaba sus ojos. Ya la parca no le daba tiempo para decir. Para gritar su gran secreto. En sus últimos momentos balbuceó:

—¡Perdóname, Lucrecia! ¡Perdóname!

* * *

Al otro día, ningún vecino preguntó en los primeros momentos por el mehdigo. Era lo corriente. El se levantaba cuando quería. Pero ya eran las tres de la tarde y todavía no se le había visto la nariz. Una vecina copuchenta empezó a decir que se había muerto, por eso que no se le veía la luz. La mayordoma se acercó a la puerta y golpeó.

—¿Está aquí “Ño Estaquio”?.... Repitió la pregunta dos o tres veces.

La mayordoma esperó, por si acaso “Ño Estaquio” había salido sin decir nada a nadie. Pero algo justificaba la alarma. Jamás el pordiosero dejaba su puerta sin candado, y además la puerta estaba cerrada por dentro. Ya todos los habitantes expresaban su intranquilidad y miraban la puerta con recelo. Entró al conventillo el “Chicha Fresca” silbando una tonada. Llamaban “Chicha Fresca” a este hombre, porque representaba gráficamente a ese néctar nacional tan chispeante, lleno de vida y despreocupación. “Chicha Fresca” era eso, trabajaba en lo que viniese y tomaba y donjuaneaba de lo lindo. Al ver las caras tristes y preocupadas preguntó:

—¿Qué pasa, que están con esas caras de velorio? La mayordoma respondió:

—Estamos preocupadas por “Ño Estaquío”, no ha saíio del cuarto en todo el día.

—¡Despiértenlo, pues!

—Le golpié la puerta tres veces ya y no contesta.

—¡Ejeme a mí! —dijo el fresco—. “Ño Estaquío” está más sordo que una tapia.

Golpeó tres veces la puerta fuertemente.

—¡Espierte “Ño Estaquío” pues! ¡Mire que aquí lo están esperando pá darle un pavo al horno!

—¡Puchas el viejo sordo! ¿Está segura, señora, que no salió?

—¿No ve que no está el candao?

—¡Deveritas no más! —respondió el hombre y continuó: ¡Y “Ño Estaquío” que es tan re desconfiao, jamás deja la puerta sin candao! — Empujó la puerta y exclamó:

—¡Y está con tranca! Por diosito el viejo bien desconfiao! ¡Ni que tuviera una golsa di oro allá entro!

La mayordoma le dijo algo molesta:

—¡Vamos “Chicha Fresca”, no se ría de los viejos! Fíjese que anoche llegó muy recontra enfermo y yo le dí una tacita de café bien calentito y parece que con eso se animó un poco.

—¿Y qué hacemos iñora?

Le golpeó la puerta otra vez y no contento con eso le tamboreó una cueca en las maderas de la puerta.

“Abra la puerta “Ño Estaquío”, ay sí,
Que aquí están sus amistáaa....

Abra la puerta “Ño Estaquío”, ay sí,
Que le traigo una cabra empelotáaa....”

La copla hizo reír a todos de buenas ganas.

—¿Qué hacemos ñora? —preguntó el hombre otra vez y agregó—: El viejito no responde ni porque le ofrecemos una mujer desnúa.

—¡No sé! —contestó la mayordoma toda atribulada. A lo mejor está para entregarla y necesita un médico.

—¡A lo mejor está tieso el viejuco! —dijo el hombre.

—¡Por Dios las cosas que dice este “Chicha Fresca”! —exclamó una vecina escandalizada.

—¿Echo la puerta abajo? —preguntó el fresco.

—¡Yo creo que es lo mejor! —dijo otra vecina—. ¡Así salimos ar tiro de la noveá!

Otros vecinos que habían llegado al lugar eran de la misma opinión.

—¡Bueno! —dijo la mayordoma, después de consultar a todos con la mirada. El fresco le dió el primer asalto a la puerta, pero ésta lo resistió. Sobándose el hombro dijo:

—Puchas que está bien atrancá. Pero “Chicha Fresca” no se complicó la vida por ese fracaso y alegremente dijo:

—¡No hay primera sin segunda mi'alma! Y echando unos pasos atrás tomó vuelo y gritó:

—¡Allá voy “Ño Estaquio”! Pasó volando con puerta y todo y fué a parar a la cabecera del muerto. Sus ojos se desorbitaron al darse cuenta. Estaba frente al cadáver de aquel a quien recién gastara bromas pesadas. Gritó sin voz y gesticulando ridículamente:

—¡Está muerto!

—¿Qué dice? —preguntó la mayordoma.

—¡Que está muerto! —gritó destempladamente, por no poder controlar la voz, debido a la emoción.

Una avalancha de curiosos se precipitó en el cuarto.

* * *

Todos cooperaron en la colecta pro-velas; pero el problema era juntar los pesos para comprar el ataúd.

Empezó el velorio. Lo sacaron de la cama y lo tendieron sobre una mesa y le prendieron una docena de velas. Caras de circunstancia más o menos teatrales iban pasando y hacían comentarios sobre el finado. Los chiquillos con esto tenían un elemento más para jugar y entraban y salían corriendo sin importarles el muerto. Las mujeres arrebozadas en un chal negro que unas pocas tenían para tales casos, rezaban y peleaban con los niños por sus irreverencias. Los más audaces jugaban en la cama y uno de ellos levantó el colchón y encontró un billete y luego otro más y otro más. Era el tesoro que tanto le había costado reunir a "Ño Estaquio".

—¡Mire mamá! —dijo el niño—. Encontré esta plata en la cama del finaíto.

—¡Bah! —dijo "Chicha Fresca"—. El viejito tenía su tucaíta escondía y por eso cerraba tanto el cuarto. Y fué a ver si quedaban más. Levantó completamente el colchón tirándolo para los pies del catre y lanzó un sonoro:

—¡Puchas! ¡Aquí hay más plata que mote!
¡Re nunca había visto tantos billetes juntos!

—¡Aquí hay puros miles!

Ojos y manos hábiles se avalanzaron sobre el tesoro. Un segundo de locura.

—¡Un momento! —gritó 'Chicha Fresca', protegiendo la fortuna—. No se tiren al "maraño". Esta plata no es nuestra. ¡Es del finao!

—¡Así es! —dijo la mayordoma. A la voz de dinero todo el conventillo se agolpó a la puerta del velorio y cada uno pujaba por estar cerca de los billetes, sin importarle a quién pisaba y los garabatos corrían sobre el cadáver.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó uno y el fresco contestó:

—¡Al cajón no se lo iremos a echar, pues! Y las pisadas y los garabatos hacían palidecer a las velas.

—¡Silencio! ¡Silencio! —gritó el fresco. Nadie le hacía caso. A uno que trató de tirarse sobre los billetes lo tendió de un bofetón.

—¡Silencio! ¡Silencio! —seguía gritando el fresco, hasta que aburrido gritó:

—¡Cállense, mierdas! —Todos callaron. —¡Parecen viejas materas como chillan! Si no, no nos entendemos, ¿cómo diablos vamos a salir de este enreo?

—¿Qué vamos hacer con el dinero? —preguntó uno.

—¡Ya veremos! —contestó el fresco.

—¿Y a quién le pertenece? —preguntó otro.

—¡Ese es el lío! —dijo "Chicha Fresca", que estaba sobre la cama, parado, defendiendo el tesoro de aquellos piratas casuales, y volvió a decir:

—¡Ese es el lío! ¿A quién le pertenece?... —Trataba de ganar tiempo para adjudicárselo. Por

los ojos de todos corría como viento loco la avaricia.
—¡Mi hijo lo encontró! —dijo la madre del niño que lo había descubierto—. Por lo tanto son míos — y se lanzó sobre los billetes.

“Chicha Fresca” le puso un pie sobre las temblorosas manos de la mujer ambiciosa y le dijo:

—¡No se tire! No es tan fácil resurtar heredero de “Ño Estaquio”.

Una beata propuso entregarlo al padre de la parroquia y “Chicha Fresca” le contestó:

—¡No sea tonta, pues ñora, entregarle la plata a los frailes! ¡A los más pobrecitos!

—¿Y qué hacemos? —preguntaron todos a coro. “Chicha Fresca” contestó pretenciosamente:

—¡Esto es cosa de inteligencia! ¡Hay que hacer trabajar la piojera! ¡Ya está!

—¿Qué? —preguntó otra vez el coro delirante.

—¡La pillé! El asunto es re fácil. ¿Cómo es posible que no se les ocurra a Uds., tontos aturdidos?

El coro lo miraba estupefacto. Siguió el improvisado jefe:

—Como el finao no tiene herederos, al menos yo no le conozco ninguno. Y como nosotros no somos tan tontos del tóo, no lo iremos a buscar tampoco, pues.

El coro seguía con la boca abierta y los ojos embobados hasta el último movimiento del que hablaba.

—Creo que todos los arrendatarios de esta felix piojera somos los dueños absolutos de la herencia.

Todos estuvieron de acuerdo con el “líder” y

lo aplaudieron. Prosiguió "Chicha Fresca" exponiendo su plan:

—¡Y repartiremos la plata como buenos socialistas!

Mutuo acuerdo otra vez y nuevos aplausos llovieron sobre el cadáver. Contaron el dinero. Sumó diez mil pesos, aparte de los mil, que el fresco entre contar y contar se llevaba al bolsillo pretextando que le picaban las pulgas. Decía:

—¡Puchas que pican fuerte las pulgas del finao! Parece que estuvieran enojás porque le estamos sacando la torta. Y tras que se metía un billete de cien el bolsillo interior de su vestón.

Eran diez mil pesos de aquellos tiempos, en que el pan costaba un peso y veinte centavos el kilo. Los que arrendaban eran veinte o sea veinte piezas arrendadas, pero en cada una vivían varias personas hacinadas unas sobre otras. Así que a cada pieza le tocaban quinientos pesos. ¡Quinientos pesos! Toda una fortuna para esos pobres diablos que nunca habían tenido en sus manos más de cien pesos y en muy contadas ocasiones y con repique de campanas. La mayordoma viendo que cada arrendatario tenía dinero empezó a cobrar ahí mismo los arriendos. Nadie por supuesto quiso pagar. Ella les dijo:

—Yo no me he opuesto a la repartición de la plata, a pesar que creo que en esto debió intervenir la policía. Por lo tanto ahora mismo aprovecharé de cobrarles los arriendos atrasados.... Tú, Manuel Machuca, me debes trescientos pesos. ¡Todo un año de arriendo!

Hombres y mujeres pusieron el grito en el cie-

lo, al escuchar la amenaza de pagar el arriendo. Uno dijo:

—Si pagamos tóo lo que debemos, quedamos onde mismo.

—¡Eso no está bien! ¡Es un abuso! —dijo otro.

—¡Ya lo creo! —gritó una vieja desmolada. “Chicha Fresca” hizo callar el barullo y se dirigió a la mayordoma:

—¿Quién es el dueño de esta inmundicia?

—¡No sé! —respondió la mujer. Yo sólo conozco al cobrador.

—¡Es un viejo malas pulgas! —dijo el fresco—. Obedece a amos que nosotros no conocemos. ¡Deben de ser unos ñatos re contra millonarios que nos explotan!

—¡Esa es la verdad! —gritó otro—. Deben ser unos desgraciados! — Continuó “Chicha Fresca”:

—Según mi modesto mirar de las cosas, yo creo que ellos debían de pagarnos por vivir en estas cuevas podridas! —

—¡Eso es! —vociferó otro y seguían los improperios contra los dueños del conventillo y la mayordoma. La cosa se ponía seria y el ambiente se caldeaba. Tomaba trazas de una revolución. Todos discutían y ya nadie estaba de acuerdo con nadie. ¡La bolina era espantosa! “Chicha Fresca”, el ocurente de siempre, subióse sobre un tarro lavandero e hizo callar a esa multitud beligerante.

—¡Silencio, compañeros! ¡Silencio! ¡Escúchenme por la misma madre!

Nadie le hacía caso, mas él no se dió por vencido y siguió:

—Si no los ponimos de acuerdo, la cosa va a andar mal. Seguía el gran desbarajuste, hasta que en el colmo de la rabia gritó:

—¡Cállense chusma inconciente! Este epíteto final hizo reír a todos y los predispuso a escuchar a su jefe ya que esto de “Chusma Inconciente” estaba de moda por haber tratado así al pueblo, el político Arturo Alessandri. Ya los ánimos aquietados, prosiguió su discurso el “líder”.

—No vamos a ser tan “giles” como para entregar la herencia de “Ño Estaquio” a los ricachones que ni siquiera conocemos. ¿Estamos de acuerdo?

Un tremendo griterío afirmativo respondió a su pregunta.

—¡Bien! —prosiguió el fresco—. Como veo que a todos les ha entrao el amor por los pesos. ¡No pagamos un cinco a nadie! —Grandes aplausos. ¡Cómo le gustaban al improvisado tribuno!

—Pero, agregó, debemos enterrar a “Ño Estaquio” como se pide on vito. Compraremos un buen cajón y hartas flores y como es necesario hacer un velorio en regla, compraremos vino y comistrajo. — Todos estuvieron de acuerdo. —Los gastos los haremos a lo “socialista”, es decir tóo a media. Y como las medias se pueden volver calcetines y algunos ñatos se pueden tirar a vivos corriéndose por la baranda con los gastos, yo mismo vigilaré que tóos gasten por iguales Ese día el cantinero de la esquina y los almaceneros y comerciantes del barrio hicieron su Agosto. Tomaron y comieron hasta quedar enfermos del estómago. Se desquitaron de lo lindo de las privaciones pasadas.

Allí corría el vino a destajo, volaban las empanadas y hasta cincuenta gallinas fiambres. El velorio era lo que todos esperaban. De primera. En él no faltó nada, desde los chistes colorados hasta el infaltable cantor de cuecas acompañándose con una roñosa guitarra y otros hacían el acompañamiento rítmico tamboreando en unos tarros lavanderos. Al otro día pasó lo mismo. Algunos de los más previsores se compraron algún pantalón y uno hasta se compró una corbata de vivos colores. Las mujeres compraron sus cositas coquetas, desde el barato colorete hasta los largos calzones de jersey que vendían los turcos de la esquina. Este segundo día por la noche no se podía asomar al conventillo. Había un olor penetrante a vino y causeos y otros olores menos exquisitos.

Al tercer día por la mañana lo llevaron al cementerio. Hubo hasta discursos y largos lagrimones. Qué no dijeron los oradores alabando al extinto que tan generosamente habían heredado. El discurso más florido lo dijo, por supuesto, el "líder" del momento, el "Chicha Fresca". Junto a su tumba en el último patio del Cementerio General resonaba la voz grandilocuente del orador. Todos admiraban a este super-hombre tan ocurrente. Pero ya el sol quemaba demasiado y la transpiración ganaba aquellos cuerpos sin descanso, intoxicados por el alcohol. Por lo tanto "Chicha Fresca" puso término a su discurso con las siguientes palabras, que es posible que las haya aprendido en más de algún entierro, donde él no tenía deudos que llorar, pero sí, la garganta pronta para saborear el rico gloriado de los deudos.

—¡Adiós buen amigo! Nosotros que nos que-

damos en este "valle de lágrimas" y de hambre, pero de ricos mostos, luego te seguiremos. Ojalá, que si es que hay otra vía más allá, según nos asustan tanto los frailes, seas tú tan generoso, como lo fuistes ahora y nos echí una manito frente a don Jecho. ¡Adiós, Bienhechor! Adiós "Ño Estaquío", que su alma no encuentre obstáculo! Si lo encuentra, lo que ha hecho por nosotros le servirá de recomendación diplomática! Adiós guen.... Y no pudo seguir, porque le vino un hipo intermitente que lo ponía en ridículo. Se excusó diciendo que era debido a la emoción. Le echaron las paladas de tierra necesarias y taparon el montículo de tierra con irescas flores.

Salió del cementerio la comitiva funeraria que se componía de todos los habitantes del conventillo con sus respectivos perros y chiquillos a cuestas y se introdujeron en el "Quita-penas", un restorán ubicado a dos cuadras del Panteón, donde es tradicional, después de un entierro, pasar a remojar las penas junto a una buena botella de tinto. Allí se instaló el conventillo "Las Delicias" y fueron los últimos en salir a altas horas de la noche. Pero la fiebre del vino y comilona siguió en el conventillo especialmente por los hombres. Ahora abundaban las "cuecas de tres pies con aro". Parece que esos hombres tenían hambre de siglos y una sed no menos antigua. Al cuarto día ya no les quedaba un centavo. Lo habían gastado todo, absolutamente todo. ¡Ni siquiera quedaba un par de pesos para comprar un litro de vino y la falta de este preciado líquido roía las entrañas!

El cantinero de la esquina, que se hizo la Amé-

rica con el velorio, después de muchos ruegos les fió un chuico.

* * *

Nadie supo, cómo se enteró el cobrador del conventillo de la herencia y fué a comprobarlo personalmente. Volvió furibundo donde sus amos con la noticia. De allá trajo la autorización firmada por las autoridades para desalojarlos por morosos empedernidos. Y los lanzaron a la calle a todos. Hasta la mayordoma perdió su empleo por falta de autoridad. Quedó la lamentación no más. Allí estaban con las caras largas frente a sus pilchas tiradas en la vereda. "Chicha Fresca" como siempre no desmentía su apodo.

—¿Qué les pasa que están con esas caras largas?... Acaso no comimos y tomamos como millonarios? Y eso pasa una vez no más en la vía ganchito; Los desalojados rieron de malas ganas mirando a los Carabineros clausurar la puerta del conventillo con una herradura clavada a machete. Sí, habían comido y tomado vino como nunca más lo harían en su vida. Tres días de parranda les costaban ahora largas noches sin tener dónde dormir. Pero "Chicha Fresca" puso punto final al asunto, diciendo:

—¡Puchas! ;Qué me da rabia con Uds.! Miren la cara de pescao ahumao que tienen. No comprenden los aturdíos que es mejor gozar de la vía ahora que mañana. Porque mañana ni sabemos lo que va a pasar. A lo mejor estiramos la pata como "Ño Estaquio" y la platita nuestra se la gasta otro desgraciado!

La carcajada fué general.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL CAPOTE

DONDE terminaba el barrio había un fundo que estaba dividido por el tristemente célebre Canal de la Punta, donde tantos terminaban su residencia en la tierra o se la hacen terminar. Este fundo tenía unos extensos potreros donde nosotros jugábamos revolcándonos en el pasto, encumbrábamos volantines y ventilábamos cualquier mal entendido a puño limpio

Para llegar a estos potreros debíamos saltar una parte estrecha del canal, donde más de un niño perdió la vida en demanda de los ricos potreros para saltar y correr como animalillos irresponsables. Por las noches estos potreros eran frecuentados por parejas para jugar de otro modo. Jugarretas que a veces traían serias consecuencias nueve meses más tarde. Pero otras veces eran asaltados para realizar actos eróticos salvajes. Los temidos Capotes.

En una casita de barro vivía un viejo carpintero, su señora y su única hija. Un precioso exponente de nuestro pueblo. Eran todo gracia sus

dieciseis primaveras. Cuando pasaba por esas calles polvorientas, la seguía una corte de silbidos de faunos arrabaleros. Tal vez era algo creída, pero de ningún modo merecedora del castigo que le dió la pandilla del "Flaco Manguera". Ella trabajaba en una confitería del centro y por las noches estudiaba en uno de esos institutos donde enseñan de todo. Aprendía corte y confección. En oposición a ella estaban las otras muchachas que sólo se lavan la cara y afeitan esperando marido que las mantenga para salir del tutelaje maternal y los pandilleros de las esquinas formados por muchachos de dieciocho a veinticinco años, que sólo saben echar garabatos y contar sus aventuras amorosas en las esquinas poco iluminadas de las poblaciones. Cerca de la casa del carpintero se reunía la pandilla del "Flaco Manguera", muchacho de unos 22 años con varios robos a su haber y otras lindezas de este orden. Esta pandilla era el terror de esa esquina, mujer que tuviera la osadía de pasar sola después de las diez de la noche debía sufrir las impertinencias de los secuaces. El carpintero conociendo los modales de esta pandilla, iba a esperar a su hija a Independencia y atravesaba la población alejándola del peligro. Mas un día el hombre se enfermó y todas las noches la muchacha debía soportar las insinuaciones groseras de la pandilla al pasar la esquina, cuando regresaba del colegio. Ella no les hacía caso. Esto enfurecía más al "Flaco Manguera" y le gritaba:

—¡Tonta siútica! ¡Tenís que ser mía no más!

La pobre muchacha trataba de ser cortés de vez en cuando, pero la pandilla se sublevaba y en-

pezaba a estirar sus garras.... Entonces ella tenía que volver a poner en su sitio a los amotinados.

A pesar de estos inconvenientes la muchacha se sentía feliz de poder estudiar. El colegio era otra cosa, en él encontraba una juventud, bulliciosa y emprendedora, sana y responsable de sus actos. Eran los famosos "Estudiantes Bohemios" que tanto han ayudado al progreso de nuestro país. En el establecimiento educacional conoció a su primer amor, un muchacho de unos diecinueve años que estudiaba mecánica dental. El muchacho como buen enamorado empezó a ir a dejar a su casa y luego entró en ella, siendo muy bien recibido por el carpintero y su mujer. Este suceso era para ellos un avance en las relaciones de su hija y estaba a salvo de esas calles peligrosas. Pero no contaba con los celos de la pandilla del "Flaco Manguera" y especialmente de su jefe, que se podría decir habíase enamorado de la muchacha. Al ver a la feliz pareja, el jefe se revolvía las manos en el bolsillo del pantalón y rumiaba:

—¡Pero me las van a pagar! ¡Me vengaré, pase lo que pase! ¡A mí no me la quitan así no más!

Y en su pobre cerebro atrofiado rumiaba una feroz venganza. Una noche que pasaron más acaramelados que nunca, exclamó:

—¡Miren la tonta, con el pailón que le dió!

—¡Estoy seguro que no me aguanta dos combos e! despatriao ese!— dijo el "Chico rucio".

—¡Y si le diéramos un sustito al bacalao ese! Y así se cabrea ar tiro —propuso un tercero.

En los ánimos bárbaros de la pandilla crecía e! malestar por la dicha de esos muchachos en que

hacía sus jugarretas el Dios Cupido. Otra noche dijo el "Mechas de Clavos":

—¡Ahí vienen!

—¡Déjalos pasar! —propuso el jefe—. Y cuando pasen veremos qué tal se porta el jetón. Pasaron los enamorados y el "Flaco Manguera" rompió el ataque:

—¿Qué le pasa mijita que anda del brazo de un infeliz como este?

El muchacho se paró y retó con la vista a la pandilla. El jefe se le plantó ante él diciendo fanfarronamente:

—¿Qué le pasa amigo, no le han dao la tanda a estas horas?

—¿Quién me la va a dar? —preguntó altaneramente el muchacho.

—¡Yo pues, si no le molesta el care'pescao; —dijo riendo el jefe.

La muchacha impidió a su enamorado lanzarse sobre el pandillero y le persuadió a que no siguiera en esa disputa.

—¡Hágale caso a su mamita, niñito! —dijo el facineroso y agregó: Y es mejor que se pierda por estos laos, porque si no a lo mejor va a terminar al canal. El muchacho optó por hacerle caso a su amada y tomó la retirada por no exponerla. La pandilla lanzó su tremenda carcajada amarilla y los despidió con toda clase de garabatos y hasta algunos guijarros por los talones. Ella suplicó al muchacho que no viniera a dejarla nunca más, peligraba su vida. El contestó:

—¡No te preocupes, mañana traeré un revólver y veremos si las cosas cambian!

Al otro día por la noche, esperaba la pandilla confiada de su éxito la pasada de la niña. Los conjurados quedaron con la boca abierta al ver otra vez aproximarse a ellos, a sus enemigos felices y contentos.

El "Flaco Manguera" les cerró el paso y preguntó:

—¡Quiubo ganchito, no le dije que no asomara la nariz por aquí!

El muchacho le miró indiferente, lo retiró a un lado y siguió su camino. El jefe dió un puntapié en el trasero al que así lo trataba. El agredido se dió vuelta rápidamente dando un bofetón en plena mandíbula que lo hizo arar por el suelo. La pandilla se lanzó sobre él, pero el muchacho en un movimiento rápido sacó su revólver y gritó:

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Al que se acerque le meto un tiro! ¡Lárguense de aquí pandilleros!

Los asaltantes quedaron paralizados. "El Mecha e'clavo" dijo asustado:

—¡Arranquemos cabros! ¡Este infeliz tiene ganas de meternos un tiro en la cabeza!

—¡No se muevan! —gritó el jefe y agregó: ¡No es revólver de verdá! ¡De dónde lo iba a sacar este pobre'ave! ¡Ven cómo le tiembla la mano! Y se acercó desafiante.

—¡No te acerques o te meto un tiro! —dijo el estudiante.

—¡Dispara si soi tan valiente, infeliz! —dijo el Manguera intimidándolo, y continuó:

—¡A mí no me asustan con cuetes! —y dió otro paso.

—¡No te acerques! —dijo por última vez el

muchacho y como no le obedecían disparó al aire.

En todos los ámbitos de la población se sintió la detonación. Por un segundo la pandilla quedó helada. Por primera vez estaban frente a un peligro inminente aquellos gangsters aficionados. Esto no era lo mismo que ver una película yanqui. Aquí el plomo estaba a dos metros de distancia y no había nadie que admirara sus proezas de pistoleros. La pandilla retrocedió unos pasos y el jefe dijo:

—¡Está bien cabro, si no es para tanto! —y ordenó a sus secuaces tomar las de villadiego.

Así las cosas subieron a su punto álgido. Ya los enamorados no temían a los pandilleros, pero en éstos, se revolvía la venganza. Ahora era doble y corroía las mentes de esos foragidos.

—¡Por la pucha que tengo rabia; —dijo uno—. ¡Qué un desconocío, nos venga a comer la cabra y encima nos venga a vender el pan!

—¡Déjalos que se azucaren no más! —dijo el jefe—. ¡Uno de estos días lo damos vuelta!

—¡Hay que darle su merecío a estos jetones! —dijo el “Chico rucio”.

—¡Claro! —fué el clamor de la pandilla. El jefe resumiendo el clamor unánime dijo:

—¡Bien muchachos, le daremos la torta a él por matoncito y a ella por despreciarnos! ¡Le enseñaremos a vivir a esa tonta fruncía!

—¿Qué hacemos? —preguntaron varios.

El “Rucio chico” lanzando un escupo al suelo, dijo:

—¿Qué tal si los machacamos bien machacaos hasta que vayan a parar al cementerio?

—¡No! ¡Eso es poco! Hay que darles otro

castigo a esas porquerías! —propuso el jefe.

—¿Cuál? —preguntaron todos a coro.

—Yo creo que lo mejor es darle un “CAPOTE” —exclamó ferozmente el “Flaco Manguera”.

—¡“UN CAPOTE!” —exclamó la pandilla.

Y por los ojos y los dientes amarillos salió una sonrisa de aprobación y corría por sus cerebros morbosos las incitaciones de un futuro “CAPOTE”.

* * *

—¿Cómo se hace eso? —preguntó uno que recién entraba en la pandilla y no tenía noticia de ello.

—Ya lo sabrás cuando lo hagamos —dijo el jefe y continuó esbozando su plan.

—¡La llevaremos al potrero del sauce mañana mismo! ¡Como el ñato anda con revólver los dejaremos pasar y caemos por la espalda y si se resiste le cortamos la guata! Todos aprobaron la idea del jefe. El “Flaco Manguera” prosiguió:

¡La cosa la haremos en grande. Como somos diez no más, doy permiso para que traigan cinco amigos más de Uds. La cosa es que la cabra quée íregá para siempre!

Todos discutieron este punto. En principio estaban de acuerdo para que la cosa fuera en grande, mas el asunto tenía sus peros y uno habló:

—¿Y si alguno anda enfermo?

—¡Lo revisaremos primera —contestó el jefe.

• —¡Claro! —exclamó el “Chico rucio”—. La otra vez que me metí en un “Capote” me pegaron la “gotosa”!

—¡Yo no permito que ninguno que ande “cagao”, se meta en el asunto! —aclaró el jefe.

Al despedirse el "Flaco Manguera" les dió las últimas instrucciones.

—¡Mañana nos juntamos aquí a las nueve! —y por último recomendó una medida higiénica. Lo dijo irónicamente:

—Y todos los tontos deben venir bien "lavaos".

* * *

A las nueve de la noche del otro día ya estaban todos reunidos cuando llegó el jefe. Miró de arriba a abajo a los convidados y despidió a dos de ellos por ser enemigos personales de él. Después preguntó:

—¿Dónde podríamos ir a revisar el ganao?

Uno propuso ir a su casa que por esa noche estaba sola. En un rancho blanqueado a carburo fueron pasando uno por uno delante del jefe y del "Rucio Chico" que hicieron de entendidos en enfermedades venéreas. Sólo tres estaban enfermos. Quedaron fuera de lista, pero se les dió chance de entrar de los últimos para no plagar a los demás, chance que ellos aceptaron gustosos. Vino el sorteo para el turno que le correspondía a cada uno, para que no hubiera discordia al respecto. "El Flaco Manguera" como jefe, se reservó el primer puesto, segundo y tercero salieron debido a una trampa. el "Chico Rucio" y el "Mechas de Clavo", respectivamente. Después de terminado el sorteo, dijo el jefe:

—Bien cabros, dejaremos pasar a los tortolitos. En la esquina, sólo estarán el "Chico Rucio" y el "Mecha e'Clavos". Nosotros estaremos agasapaos contra la muralla del almacén del español y en

cuanto pasen los dejamos caer sobre ellos. La pareja se sorprendió al pasar, de sólo ver a dos de los pandilleros. De todas maneras él traía el revólver y esto les daba seguridad, todavía ocurrió algo más curioso, al pasar nadie les dijo nada y pasaron la esquina sin sentir una mosca volar. La pareja se sintió aliviada. Creyó que por fin los dejaban tranquilos. Pero no habían dado cuatro pasos cuando sin saber cómo cayeron a sus espaldas los pandilleros. Sin darles tiempo para pedir socorro, en un segundo los amordazaron y amarraron. "El Flaco Manguera" había preparado eficientemente a su escuadra de asalto. Partieron con ellos rumbo al potrero elegido. Saltaron el canal de La Punta, cual modernos bucaneros y colocaron a la muchacha de espaldas en el pasto. Sentaron al muchacho frente al escenario afirmando las espaldas en el sauce, para que atestiguara el acto macabro. El jefe ordenó a los enfermos que vigilaran por si andaba la policía montada. Estos se colocaron cerca del canal con ojos avisores.

"El Flaco Manguera" debía empezar la ceremonia maldita. Ella se retorció en el suelo y apretaba fuertemente las piernas demorando el momento fatal. El jefe tomó la cosa al principio en son de chanza y le dijo:

—¡Ya pues m'ijita, déjeme sacarle los calzones!

El estudiante hacía esfuerzos inauditos para zafarse de sus amarras y morir peleando antes que permitir ese ultraje. Nada podía hacer amarrado con esas fuertes sogas y cuidado por dos pandilleros. La muchacha seguía debatiéndose contra el desalmado. Este terminó por sentirse molesto con

la resistencia de la muchacha y a tirones le rasgó el traje floreado y la celeste enagua y por último los blancos y virginales cuadros, dejando ver aquellas rosadas y palpitantes carnes frescas. Frescas como el pasto que servía de colchón a esa infamia. Los tentadores senos, no desarrollados, palpitaban de emoción. El "Flaco Manguera" con el esfuerzo ya estaba sobre excitado. Como bestia subió a ella, pero la víctima no se entregaba. El jefe en el colmo de la desesperación, jadeante gritó a sus secuaces:

—¡Uno que la tome de los brazos y otro que le abra las piernas!

Al punto fueron cumplidas sus órdenes. Así el "Flaco Manguera" facilitado en su tarea, entró en la muchacha y rompió el velo virginal. Ella mordía la mordaza de dolor, de impotencia y de sentir el gusto del macho ¡Pero qué manera de sentirlo! En otras condiciones, ese acto sería sublime. ¡Habría sido la entrada a la vida llena de gozo! ¡Pero esto! Sin embargo la naturaleza animal sentía la satisfacción de aquél himeneo forzado. Mas el alma estaba clavada de espinas frente a este ultraje salvaje!....

Gotas de sangre junto al semen maldito, regaron aquel pasto oloroso henchido de vida.

Cuando el flaco terminó, entró a lidiar "El Chico Rucio". Ya esta entrada era terriblemente mortificante para la muchacha. Ya no quedaba ni la traición de la carne en ella. Sólo unos inmensos deseos de gritar. ¡De gritar y morir en un sólo instante!

Así fueron pasando los pandilleros por las carnes de aquella infeliz, que los despreciaba.

Las piernas de ésta estaban embadurnadas de semen infame.

El muchacho quitaba la vista para no ver aquel acto vandálico que realizaban en las carnes de su amada. El "Flaco Manguera" para hacer más odiosa su venganza, le dió vuelta la cara hacia el punto de su desquite, diciéndole:

—¡Mira! ¡Mira! ¡Mira a la siútica de tu cabra! ¡Mira pa que te acordís de esto! —y de sus fauces amarillas salían los terribles:

—¡Mira! ¡Mira!

El muchacho frente a ese infernal espectáculo recordaba el primer día que la conoció en el colegio. Recordaba cómo quedaron ambos paralizados cuando se encontraron sus miradas. Cómo sus corazones palpitaban anhelantes al presentir esa llama misteriosa que los embargaba.... El primer beso, perfumado como las flores de la primavera. Todo eso recordarlo en esos momentos era una sinfonía de dolores, de esperanzas desintegradas en el espacio. Frente a sus ojos seguían bajándose pantalones y piernas entrelazándose a las piernas femeninas, seguía la corriente loca de semen y los apetitos báquicos de unos pandilleros despechados.

De rabia, de impotencia, los ojos de él se llenaron de lágrimas y sus labios sangraban al sufrir el impacto de sus dientes desesperados. Ya sólo quedaban los enfermos por pasar.

Ella con los ojos vacíos, con el alma vacía, con vacías fuerzas miraba las estrellas, testigos silentes de su tremenda desgracia. Allí estaba tendida de espaldas como un estropajo donde limpiaban sus hocicos las hienas. Huyeron los cobardes dejando abandonadas a su suerte a sus víctimas.

Cuando el "Flaco Manguera" se despidió del "Chico Rucio", dijo:

—¡Tengo la boca amarga!

—¡Yo también! —fué la respuesta de éste y se miraron y en sus ojos había un escondido reproche mutuo.

* * *

Allí frente a las estrellas, junto al pasto oloroso, quedaron los amantes. Ya ninguno pensaba en nada. No pensaban en el porvenir. Para ellos ya no había mañana....

Se fué la luna con su corte de estrellas y salió el potente sol que trajo a los ojos asombrados de todos.... ¡la desgracia de un pueblo!

LIBERACION

T TIERRA de liberación fué el barrio El Salto de Santiago en sus principios. Hasta él llegaban las familias que huían del conventillo sin horizontes. Llegaban cual legendarios colonos con sus carretas y formaban sus hogares. Yo viví sólo tres meses en el Salto, pero ¡cuánto aprendí del valor humano de un puñado de hombres y mujeres valerosas!

Por entonces la pavimentación llegaba, hasta donde está la quinta de recreo llamada "Vista Hermosa". Y hasta ahí también lo que se podía llamar habitado, para abajo todo era potrero y más potreros. Sí. ¡Tal cual! Inmensos potreros cubiertos de malezas y pencas. La pobre y huasa penca era dueña de esos campos, que en tan poco tiempo se transformaron en un barrio bullicioso y tan popular. Y de eso no hace mucho. Corría el año cuarenta por el Otoño. Una casita, pero muy distante de otra, daba la pauta de esos días. Entonces le pedían a Ud. por favor que se comprara un sitio en El Salto. Ud. daba una ínfima cantidad de dinero por la primera cuota y al otro día podía levantar su casa. Y eran pocos los valientes, debido a la escasez de toda clase de adelantos, un pilón de agua en cada esquina y a Dios gracias.

Mi corta residencia en dicho barrio incipiente

quedó por siempre grabada en mi recuerdo. Esos cerros ¡Una delicia para jugar y correr! Mil escondites donde jugar a los bandidos. Los pocos niños que pertenecíamos al lugar, estábamos tardes enteras encumbrando los poéticos volantines de todas formas, de los tipos más caprichosos que nos dictaba nuestra fantasía. Miles de atractivos tenían para nosotros esos cerros: arañas grandes e inofensivas. Iguanas de todos los colores y tamaños y mil bichos más. Espinos olorosos con sus flores amarillentas de corta vida, dedalitos de oro, colas de zorro, cactus en flor y montones de otros arbustos silvestres. En las faldas de los cerros las pencas eran de gran tamaño, casi de la altura de los espinos. Qué sabrosas y jugosas, las encontrábamos después de correr como cabros salvajes. Pero mucho más jugosos y apetitosos eran los tallos de la misma planta.

Ya he dicho que la población no contaba con ninguna clase de comodidades higiénicas. Un hoyo en el fondo del sitio servía de excusado. Otros se construían sobre las acequias en cuyas aguas navegaban las excrementos. En la esquina de cada uno de esos tremendos potreros una llave de dos pulgadas de ancho, veía desfilar a hombres, mujeres y niños en demanda del preciado líquido que brotaba pujante de sus entrañas. Por las tardes al caer el sol los hombres llegaban a él después de sus trabajos para llevar a sus hogares el agua que faltase. Era tal el peladero de esos contornos, que nadie se atrevía a salir después de las nueve de la noche. Los evangélicos debían hacer grandes esfuerzos guturales para hacerse escuchar, en esos andu-

rriales. Pero la fiebre de pobladores tomó caracteres de epidemia de la noche a la mañana. Nada detenía a esas gentes que escapaban de los conventillos asfixiantes en busca de sol y aire puro para sus hijos.

Las casas brotaban como callampas después de un día de lluvia. Las cosas se estilaban así. Uno salía de su casa por la mañana sin volver hasta que el sol estaba por perderse y encontraba junto a su sitio, un nuevo vecino, con casa, perros y gatos ya acostumbrados al lugar, como la cosa más natural del mundo.

Uno de los casos más sorprendentes fué el que se registró a los pies de donde vivíamos nosotros; ese día ocurrieron dos acontecimientos dignos de recordar. Yo debía salir temprano de El Salto para ir a la escuela en que estudiaba, en mi antiguo barrio, Vivaceta, donde nunca más he vuelto a vivir, y no regresaba sino en la tarde. Recuerdo que por entonces recién estaban dando almuerzo en las escuelas primarias a los que lo necesitaban.

Ahora bien, mientras yo estudiaba, en esos potreros se realizaba otro acto de heroísmo, de este, nuestro pueblo sufrido, del cual se acuerdan los políticos sólo para pedirle el sufragio. Al sitio doscientos cuarenta, llegaron dos carretas cargadas hasta los topes. En una venían los materiales para levantar el rancho de madera y en el otro los muebles y más arriba los que la habitarían. Tres hombres y dos mujeres; cuatro gallinas, un gato angora y un quiltro famélico. Las mujeres eran dos hermanas con sus respectivos esposos y el tercer hombre era hermano menor de ellas. Una de las her-

manas venía enferma de cuidado. Era la señora Matilde que vivía en un conventillo del barrio Vivaceta y que varias veces yo ví por esas calles de mis travesuras de infante. Ella estaba a punto de dar a luz. Su marido la había llevado a la maternidad, pero los doctores le dijeron que se la llevase a su casa, porque le faltaba una semana por lo menos. El insistió, mas la maternidad no disponía de cama donde alojarla por tanto tiempo. Retornó con ella al conventillo. Allá también las cosas andaban mal, por orden de la Sanidad debía desalojar la pieza al otro día, sin apelación. Entonces se propuso comprar un sitio en El Salto, ipso facto, y construir una casa lejos de esa covacha. Para ello contaba con el apoyo de sus cuñados que ya estaban de acuerdo. Esa misma tarde se hicieron propietarios. La señora Matilde no quiso por nada del mundo quedarse donde una amiga mientras se mejoraba. Quería estar presente, mientras su marido construía su nuevo hogar. En vano fueron los ruegos y súplicas. No hubo más remedio que subirla arriba del carrerón con los muebles y partir a lo que Dios es grande.

Llegaron las carretas crujiendo a su destino y los caballos soplaron fuertemente por sus anchas narices, como suspirando de alivio después de una larga y fatigosa jornada. El catre y la cama de doña Matilde aterrizaron antes que todo y luego de prepararla fué acostada su dueña. El marido no se conformó con esto solamente y de unos palos y una frazada hizo una sombrilla para su mujer. La hermana bajó los utensilios de cocina y empezó sus labores de dueña de casa, mientras los hombres descargaron por completo las carretas. Al partir és-

tas, los hombres se entregaron a la tarea de trazar la casa: dos piezas de tres por cuatro metros, verdaderos galpones en comparación con la que antes habitaban.

Cuando las cenizas demarcaban en la tierra las futuras viviendas, vino la gran tarea. Cantaron los chuzos y palas, martillos y serruchos el canto de los hombres esforzados. Los niños que no habían ido a la escuela se agrupaban a los nuevos vecinos y más molestaban que ayudaban. Los hombres clavaban afanosamente los relucientes clavos de la esperanza. Los vecinos que solían pasar, se presentaban y ofrecían ayuda. Parecía que todo el barrio estaba feliz con los recién llegados. Ellos por su parte no lo estaban menos y ofrecían un vino cordial al que así se acercaba. A las doce del día ya estaban parados los palos de la obra gruesa y hasta los tijerales. La mujer que hacía de dueña de casa ya tenía preparado el almuerzo y los llamó a comer. El esposo de doña Matilde, antes de sentarse a la mesa campestre, colocó en lo más alto del tijeral una bandera chilena diminuta. Todos miraban con orgullo flamear al viento el tricolor. Ya había una casa más para estas tierras! Es indudable que el tijeral es algo emocionante en cualquier parte. ¡Lo más hermoso del mundo, es construir una casa! El hombre estaba feliz, tenía ganas de cantar la canción nacional, no lo hizo por temor al ridículo; para él, ese era un gran momento. ¡El momento de su liberación! La liberación del conventillo pestilente, que no conocería su hijo que estaba por nacer.

Todos almorzaron con apetito de regimiento

en campaña. Seguían las felicitaciones de los que pasaban. Un breve descanso haciendo planes para el futuro y otra vez le metieron hombro a la tarea. Ahora faltaba colocar las puertas y ventanas. Ventanas grandes por donde entrara el sol y el viento. Luego se colocarían las tablas provisionarias que servirían de paredes mientras el bolsillo permitiera hacerlas más sólidas. La señora Matilde empezó a sentirse mal. El tortuoso viaje en carreta daba sus frutos dolorosos. Pero se lo hacía saber a su hermana en secreto. No quería que su esposo se enterase. Levantar la casa era más urgente que preocuparse de ella. Sin embargo, él se daba cuenta y de vez en cuando la iba a ver. Mas ella le consolaba con una sonrisa de ojos embellecidos por el embarazo y le decía:

—No se preocupe, m'ijito. ¿No oyó lo que dijeron los doctores del hospital? Es para unos días más.... Siga trabajando no más.... ¡No se preocupe por mí, que mi hermana me cuidará!

El hombre presentía que no era así. Le sonreía despreocupado, pero la procesión iba por dentro. Le besó la frente helada. ¡Transpiración helada! ¡Pero qué hacer! Volvía a su trabajo. Los clavos daban cuenta de su rabia; los golpeaba furiosamente. Uno de sus cuñados le preguntó:

—¿Qué le pasa?

—¡La Matilde! ¡Estoy seguro que los doctores se equivocaron! —respondió, y agregó mil garabatos. Seguía clavando con más furia, sentado en el tijeral, unas tablas. Cada golpe que daba retumbaba en todos los ámbitos como cañonazos, hasta llegar a los cerros y de allí el eco los volvía contra el hom-

bre. El eco parecía decir sarcásticamente:

—¡Se equivocaron! ¡Se equivocaron! ¡Se equivocaron!

Y el hombre seguía trabajando con más furia y el eco parecía salir de su cerebro congestionado. ¡Aquí no hay matronas! ¡Se equivocaron! ¡Aquí están en un destierro! ¡Se equivocaron!

—¡Tu mujer se puede morir, es la primera vez que va a tener un hijo! ¡Se equivocaron!

—¡SE EQUIVOCARON!

Y seguía el concierto de golpes y respuestas de ecos:

—¡AQUI NO HAY MATRONAS! ¡SE EQUIVOCARON! ¡ES LA PRIMERA VEZ! ¡SE EQUIVOCARON! ¡SE EQUIVOCARON!

El eco subía hasta enloquecer al hombre. Este se tapó los oídos desesperadamente. Sufrió un desmayo. No se cayó del tijeral debido a la oportuna intervención de su cuñado. Bajó y se sostuvo a los palos de una puerta.

—¿Qué le pasó, cuñado? —preguntó el hombre que le pasaba un jarro de agua.

—¡Ná! Ya pasó.... no se preocupe de mí, cuñado! — Después de beber ya se sintió mejor. Miró a su mujer y ésta, ajena a sus desvelos, le sonrió una vez más. Esto lo confortó un poco. Miró a su alrededor. El sol encabritaba los cerros a lo lejos. Parecía que éstos daban pequeños saltitos dando la sensación de estar expuestos a una corriente alterna. Las nubes pasaban plácidas, como velos de danzarinas fantásticas, o como algodones de azúcar de un vendedor cuya clientela celestial no se apuraba en consumirlos.

Ahora ya no le molestaba el eco, más bien se había transformado en una alegre sinfonía de martillos al viento y serruchos hambrientos de madera. Miró la banderita que trataba desesperadamente de evitar que el viento quebrara su frágil mástil y pensó:

—Si ese palito se defiende del viento y gana la batalla, ella puede hacer mucho más! ¡Claro que ella es fuerte, mucho más fuerte que esa varilla!

Y siguió trabajando. Ya nada le perturbaba. Cuando yo llegué como a las cinco de la tarde, sólo faltaba colocar las fonolitas en el techo. Dos horas más tarde ya la casa estaba terminada. Dos habitaciones y una cocina a medio terminar. Sólo faltaba amueblarla, lo cual fué hecho sobre la marcha sin pensar en descansar un segundo.

La luna entre nubarrones contempló ese hogar amueblado y a hombres y mujeres tendidos en sus camas, sin ánimos de moverse, los cuerpos duros, inflexibles debido al esfuerzo; también vió llegar a una comitiva de la Junta de Vecinos de El Salto, encabezada nada menos que por el propio presidente y plana mayor de la misma. Venían a darles, oficialmente, la bienvenida a los nuevos colonos. A ofrecerse para lo que ellos quisieran y al mismo tiempo para felicitarlos por el tiempo record empleado en levantar ese nuevo hogar. Grandes aplausos coronaron el pequeño discurso del presidente y luego de unos tragos se fueron. Pero la cosa no paró allí. ¡Como a las once de la noche ya teníamos otro vecino! La señora Matilde, no les hizo caso a los doctores de la maternidad y sin más líos tuvo un robusto niño de cinco kilos y un cuarto, que pa-

teaba y lloraba como un condenado. Varias vecinas ayudaron a entrar a este mundo al enviado de la vida. El padre lo tomó en sus brazos y le decía:

—¡Llora, hijo, llora!.... ¡Llora, que tus pulmones se llenen de este aire puro! ¡Aire fragante de flores de espino y cien yerbas olorosas, entrad en los pulmones de mi hijo!

El hombre en ese instante era el mortal más feliz que pisaba aquellos potreros.

—¡Llora, hijo, llora! ¡Aquí podrás gritar cuanto quieras, que no tenemos vecinos gruñones a dos metros de distancia a quienes molestar! ¡Estamos lejos del conventillo hediondo! ¡Mira hacia afuera, esos cerros son tuyos! ¡Cerros donde tú podrás correr sin que un tranvía corte tus alas!

Sí, él tenía razón. El y todos los suyos habían escapado de lo que tanto odiaban. ¡Del conventillo! Ese cuerpo recién nacido se agitaba en contacto con esa atmósfera limpia. Las manos del padre estaban adoloridas, pero ellas sostenían al recién nacido. Manos llenas de ampollas, machucadas hasta enrojecer de tanto trabajar ese día. ¡Pero qué importaba que ni siquiera pudiese empuñarlas de dolor, si con ello LIBERABA A SU HIJO!

* * *

Así eran esos tiempos gloriosos en El Salto.

Allí palpitaba el corazón de hombres y mujeres esforzados. Como la zarza del desierto, pequeña y solitaria ante el furor de los elementos, pero que gana la última batalla.

¡No tenían ayuda del gobierno? ¡No importa! Ellos con sus manos vacías construían su felicidad.

INDICE

	<u>Pags.</u>
LA CUATRO DIENTES	11
CUELLO DE LOZA	33
EL SEÑOR GONZALEZ	45
EL CHICHA FRESCA	63
"EL CAPOTE"	79
LIBERACION	93